

LAS LIMITACIONES DEL ESTUDIO DE LA ECONOMÍA ANTIGUA DESDE EL APARATO TEÓRICO DE LA CIENCIA ECONÓMICA ORTODOXA¹.

David J. Govantes Edwards
Universidad de Sevilla.

“La historia no puede concebirse como ciencia sólo partiendo de una base empírica [...] por la sencilla razón de que sin teoría no hay ciencia de ningún tipo”².

Durante las últimas décadas del s. XX y los primeros años del presente la forma de aproximación al estudio de la economía antigua está siendo sometida a un intenso debate. Desde antes de que la obra de Karl Polanyi introdujera una visión de la economía de la antigüedad completamente distinta a la que se había venido desarrollando ya se habían generado elementos de discusión irreconciliables, no tanto con respecto a la metodología (lo que impidió un avance real, como veremos en los siguientes párrafos) sino a la orientación general que debía seguir la academia. Orientación es en este caso un término especialmente afortunado dado que tras las posiciones mantenidas existía una batería de prejuicios que hacían a los autores enfocar sólo aquellas fuentes que les servían para apoyar su estructura de conceptos abstractos. La polémica a la que nos referimos, aquella sostenida por los “modernistas” y los “primitivistas”³, iniciada por K. Bucher, se nos antoja estéril por dos motivos fundamentales. El primero se hizo patente desde la intervención en el debate de M. Weber, que apuntó la necesidad de abandonar el maniqueísmo hasta

¹ Este trabajo se realizó en el marco de actuación del grupo de investigación “Economía de Prestigio vs. Economía de Mercado”, del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla. El grupo está dirigido por Genaro Chic, a quien quiero agradecer su disposición a la publicación de este artículo. Con permiso de Jose Luis Sanpedro, tampoco me gustaría olvidar a Glauka (estrella de la tarde) ni a los miembros y personal del Irish Institute of Hellenic Studies at Athens y de la British School at Athens, tres lados de un triángulo equilátero, con centro en la ciudad de Atenas, donde se desarrolló la mayor parte del trabajo que condujo a la redacción del presente artículo.

² J.C. Bermejo, *Replanteamiento de la Historia. Ensayos de Historia Teórica II*, Madrid 1989, pp. 19-20.

³ K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona 1976, pp. 51-55. Fundamentalmente, la controversia se sostenía por aquellos que trataban de encontrar en las fuentes elementos que permitiesen identificar las economías antigua y la contemporánea de la forma lo más estrecha posible (modernistas) y aquellos que rechazaban dicha identificación (primitivistas).

el momento imperante⁴. El segundo de los motivos a los que hacíamos referencia es de naturaleza esencialmente metodológica, y parte de la capacidad del aparato teórico de la ciencia económica, que ni primitivistas ni modernistas cuestionaron nunca, que está severamente limitado en sociedades en las que impera un sistema económico pre-mercantil o proto-mercantil⁵. Del mismo modo, el análisis desarrollado desde la ortodoxia marxista ha incurrido en el mismo error, al no cuestionar las herramientas de examen, solo planteando su oposición al uso del término “capitalismo” a la antigüedad porque en ésta no encajaba su propia definición del mismo como forma industrial de producción⁶. La crítica no pasa, por tanto, del uso de la nomenclatura.

Llegados a este punto, es preciso reconocer que la primera de las objeciones hechas a la polémica entre modernistas y primitivistas puede ser asumida sin más, debido a nuestro mayor grado de conocimiento de unos datos que parecen dar suficiente testimonio de complejidad como para descartar soluciones en blanco o en negro. No ocurre así con la segunda. En realidad, todo el debate desarrollado fundamentalmente a partir del trabajo de Polanyi gira alrededor de si es o no adecuado utilizar la teoría económica clásica y sus desarrollos posteriores para el estudio de la economía de sociedades diferentes de nuestra sociedad de mercado, un asunto excesivamente controvertido como para quedarse en mero enunciado y que por tanto precisa ser diseccionado.

La historia del génesis de la ciencia económica explica las limitaciones inherentes a la misma. Fueron los fisiócratas franceses quienes, en el s. XVIII, establecieron las bases de la ciencia económica, pero sin terminar de desarrollarla como sujeto independiente de estudio⁷. Este definitivo avance conceptual lo darían los llamados economistas clásicos: Adam Smith, John Malthus y David Ricardo⁸. Desde su prisma, la economía sería un sistema aislado, en tanto no interacciona con otros sistemas más que de forma accidental e imprevisible, y autosuficiente, porque

⁴ J. Love, “Max Weber and the Theory of Ancient Capitalism”, *H&T* 25 (1986), pp. 156-172; J.K. Davies, “Ancient Economies: Models and Muddles”, en H. Parkins y C. Smith (eds), *Trade, Traders and the Ancient City*. Routledge. Londres 1998, p. 234; Andreau (2000), 35. El caso de Weber es, en cualquier caso, singular, puesto que entre su primera obra, ocupada exclusivamente de la antigüedad, *Die Römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats – und Privatrecht* (1871) y su obra *Agrarverhältnisse im Altertum* (1897) sus posiciones cambiaron desde un radical modernismo hacia una postura intermedia, pero en cualquier caso, más cercana a la de las posiciones de los primitivistas.

⁵ K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 54-56.

⁶ J. Love, *art.cit.*, p. 156.

⁷ J.M. Naredo, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, México-Madrid 2003, p. 83.

⁸ J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 104.

sus dinámicas internas se limitan a las que son propias de los valores de cambio⁹. La riqueza quedaría así definida como el conjunto de bienes intercambiables y a los que, por tanto, se puede dar un valor de cambio en términos monetarios. Esta consagración del intercambio como el eje de la economía deriva necesariamente en una identificación entre economía y mercado, alimentado por un sistema de producción industrial y regido por una dinámica de precios fluctuantes, en las que se integran no sólo los bienes muebles, sino la fuerza de trabajo y los bienes inmuebles. El sistema de precios fluctuantes, a su vez, vendrá determinado por la escasez de los bienes a través del mecanismo de la oferta y la demanda (múltiples). La eficacia del sistema económico (es decir, del mercado) dependerá así de la elección racional de medios para la obtención de los bienes, elección que a su vez implica medios escasos (otra cosa haría innecesaria la elección), lo que toma cuerpo en el único medio universal, el dinero (instrumento de medición cuantitativa del valor de los bienes y medio de intercambio), que es un bien escaso. El objetivo será por tanto la generación de medios para evitar que su escasez colapse el sistema, a través de la reinversión de los excedentes monetarios (beneficios) de una actividad productiva en nuevas actividades productivas que a su vez generen nuevos beneficios¹⁰.

Llegados a este punto es el momento de explicitar lo que nosotros entendemos por economía y que, como decimos, se aleja de esta identificación entre

⁹ G.M. Dalton "Economic Theory and Primitive Society", *American Anthropologist* 63 (1961), p. 13; A.W. Mayhew, C. Neale y D.W. Tandy, "Markets in the Ancient Near East: a Challenge to Silver's Argument and Use of Evidence", *The Journal of Economic History* 45 (1985), p. 129; J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 425-426. Esta consideración aislada de la economía es la que justifica epistemológicamente la conveniencia de establecer leyes universales (casi) naturales.

¹⁰ C.A. Gregory "The Economy and Kinship: a Critical Examination of Some of the Ideas of Marx and Levi-Strauss", en M. Spriggs (ed.), *Marxist Perspectives in Archaeology*, Cambridge University Press., Cambridge 1984, p. 15; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre*, Barcelona 1994, pp. 78-80; J.L. Molina, *Manual de Antropología Económica*, Universidad Autónoma de Barcelona, 2004, p. 8. Este planteamiento teórico básico estaría absolutamente determinado por la nueva economía surgida de la Revolución Industrial inglesa, cuyas líneas de evolución marcarían indefectiblemente unos principios que acabarían instituyéndose en el tótem secular de la ciencia económica. Resulta paradójico que los axiomas teóricos sobre los que se apoya el complejísimo cuerpo doctrinal de la ciencia económica tengan su origen en un conocimiento de orden empírico perfectamente identificable en el tiempo y en el espacio, lo que ha dado lugar a severas distorsiones en el análisis de economías no derivadas de esta Revolución Industrial. De todas maneras, es comprensible que se alcanzase esta identificación entre economía y mercado porque en la segunda mitad del s. XIX el mercado, que hasta el momento había tenido una dimensión muy limitada, acabaría fagocitando a las demás parcelas de la economía, y dando un paso más, de la sociedad, instituyendo no ya una economía de mercado, sino una sociedad de mercado. El método inductivo que implica sería sustituido, sin tocar las premisas fundamentales de la estructura teórica sustantiva, a partir de la década de 1870, por un método deductivo que pondría fundamentalmente el acento en la predicción del comportamiento económico. La sustitución metodológica coincidiría en el tiempo con la acuñación, a propuesta de Jevons, del término "economía"; anteriormente se había venido empleando la expresión "economía política" para etiquetar la disciplina.

la misma y mercado propia de la ciencia económica. Nos acogeremos a la definición hecha por Polanyi, en la que *grosso modo* se caracteriza a la economía como el proceso mediante el cual el hombre satisface sus necesidades materiales, tengan éstas el motivo último que fuere (material, social, espiritual, etc.)¹¹. Para articular esta definición, deberemos discriminar de forma nítida dos conceptos: el de economía real y el de economía formal. El primero hace referencia a la definición que nosotros hemos adoptado como válida para la economía, mientras que el segundo señala la abstracción racional entre los medios de los que dispone el hombre para satisfacer sus necesidades y la elección de alternativas para la gestión de su escasez, que se aproxima estrechamente a la definición de economía de la ciencia económica¹². Recurriremos a menudo a esta diferencia conceptual.

La primera crítica al estudio de la economía de la antigüedad desde la posición teórica de la ciencia económica (economía formal) ha de ser necesariamente epistemológica, al apoyarse en la propia definición que desde ésta se da a la economía en tanto objeto de estudio. Antes decíamos que para la ciencia económica *la economía sería un sistema aislado, en tanto no interacciona con otros sistemas más que de forma accidental e imprevisible, y autosuficiente, porque sus dinámicas internas se limitan a las que son propias de los valores de cambio*. Es evidente que ésta no es una categorización que sirva para definir a la economía de la antigüedad (por no decir de todos los sistemas económicos no de mercado), donde manifestaciones sociales que quedan fuera del marco de estudio de la ciencia económica funcionan como relaciones de producción¹³, dando como resultado

¹¹ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment of Economic Institutions in Antiquity with Illustrations from Athens, Mycenae and Alalakh", en C.H. Kraeling y R.M. Adams (eds.), *City Inevitable. A Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East*, The University of Chicago Press 1958, p. 329. Por una cuestión de brevedad, al referirnos a "ciencia económica" lo hacemos pensando en la teoría económica clásica y neoclásica. Otros tratamientos de la economía, igualmente inspirados desde la ciencia económica merecerían un comentario igualmente individualizado que se encuentra más allá del objetivo del presente artículo.

¹² G.M. Dalton, "Theoretical Issues in Economic Anthropology", *Current Anthropology* 10 (1969), p. 70; S.C. Humphreys, "History, Economics and Anthropology: The Work of Karl Polanyi", *H&T* 8 (1969), pp. 166-167; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 289-291; 372-373; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 92-93; S. Von Reden, *Exchange in Ancient Greece*, London 2003, p. 2.

¹³ P. Lekas, *Marx on Classical Antiquity. Problems of Historical Methodology*, Sussex 1988, p. 13; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 145. Incluso en nuestra perfectamente autónoma economía capitalista el mercado sigue estando (evidentemente en mucho menor grado que en el pasado) influenciado por factores extra-económicos, epifenómenos que sin embargo impiden la aplicación pura de los principios teóricos de la ciencia económica y, de forma aun más clara, su papel como argumento explicativo. Nos acogemos a la categorización marxista de las relaciones de producción (*produktionsverhältnisse*) aunque entendida sin duda de forma más amplia: 1) los modos en los que los agentes económicos acceden a los medios de producción; 2) los modos de regulación del proceso productivo; 3) la distribución de las funciones jerárquicas en el proceso productivo; 4) los modos de distribución de los bienes derivados del proceso productivo.

sistemas económicos que no son ni aislados ni autosuficientes. Es decir, en determinados contextos sociales no podemos decir que exista separación entre relaciones sociales, políticas, religiosas, etc. y relaciones económicas¹⁴. La comprensión de este punto supone en las ciencias sociales la aplicación del desarrollo teórico que supuso la configuración académica de la antropología social, inaugurada por B. Malinowsky, E.R. Radcliffe-Brown y É. Durkheim, gracias a la que cristalizaría la consideración de las sociedades humanas como un conjunto complejo de elementos interaccionados entre sí de manera orgánica¹⁵.

Las evidencias extraídas del *corpus* documental previo al nacimiento de la doctrina económica moderna demuestran que antes del s. XVIII ni siquiera existiría el concepto de ciencia económica en el sentido actual del término¹⁶. No quiere esto decir que no existiese pensamiento económico, sino que éste sería de naturaleza pre-científica, esencialmente práctica; en definitiva, que no se hacían reflexiones abstractas sobre el sistema de relaciones de producción porque no se identificaba en él un conjunto autónomo y diferenciable de las otras esferas de la sociedad¹⁷. La semiología nos ofrece en este caso un valioso testimonio, al testificar la ausencia de vocablo alguno, hasta los economistas clásicos, para definir lo económico como abstracción racional integral del conjunto unitario y delimitado (y por tanto no integrado en otra serie múltiple de estructuras) de las relaciones de producción¹⁸. Meikle hace al respecto una observación interesante. Afirma que no debemos negar que los antiguos tuvieran un concepto diferenciado de la economía por el hecho de que no hagan mención explícita al sistema de mercado porque esto sería en el fondo identificar mercado y economía, precisamente el error que se le achaca a los defensores de una línea economicista en el estudio de la historia económica de las sociedades pre-industriales¹⁹. Sin embargo, no puede negarse que en el *corpus* documental no existe ni una sola referencia que permita reconocer una definición

¹⁴ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", p. 330; A. Rotstein, "Karl Polanyi's Concept of Non-Market Trade", *Journal of Economic History* 30 (1970), p. 117; P.T. Bauer, "Economic History as Theory", *Economica* 38 (1971), p. 166; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 116-117; M. Godelier, *Lo ideal y lo material*, Madrid 1990, pp. 38-39; K.M. Polanyi, *The Great Transformation*, Boston 2001, pp. 39-40; 48-51; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 8.

¹⁵ B.C. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona 1989, pp. 231-232.

¹⁶ J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 8.

¹⁷ M.I. Finley, "Aristotle and Economic Analysis", *Past and Present* 47 (1970), p. 3; M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad*, México, Madrid y Buenos Aires 1973, p. 21; M. Austin, P. Vidal-Naquet, *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*, Barcelona, Buenos Aires y México 1986, p. 24; P. Cartledge, "The Economy (economies) of Ancient Greece", *Dialogos* 5 (1998), p. 7 (con matices que no afectan sin embargo la tesis general); E.T. Salmon, "The Economic Role of the Greek City", *G&R* 46 (1999), p. 160.

¹⁸ K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 117-118; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 39-40.

¹⁹ S. Meikle, "Aristotle and the Political Economy of the Polis", *J.H.S.* 99 (1979), p. 69.

formal de la economía como abstracción racional independiente, sino solo, como posteriormente veremos, como una relación de reflexiones fundamentalmente prácticas (o morales) y referidas a una casuística específica y limitada, como el propio Meikle reconoce²⁰.

Pasando a otro punto, la consideración de la riqueza como *el conjunto de bienes intercambiables y a los que, por tanto, se puede dar un valor de cambio* derivada de esta definición del objeto de estudio, en el que el elemento *valor de cambio* supone una variable esencial, tampoco puede conciliarse fácilmente con el concepto antiguo de la riqueza. La concepción de riqueza en términos cuantitativos supone una traducción de la misma a términos exclusivamente numéricos que choca frontalmente con la jerarquización relativa de los bienes propia de la concepción antigua de riqueza, paralela a la desigualdad jerárquica entre los grupos y los individuos consagrada como principio social²¹. Sólo con el aumento del individualismo se establecería una concepción igualitaria entre los hombres que acabaría por trascender a la noción de riqueza. Esta vinculación entre el valor de cambio y la riqueza supone dejar fuera del concepto todos aquellos bienes (materiales o inmateriales) que satisfagan demandas pero que quedan fuera de las dinámicas del mercado al no poder ser traducidos en términos cuantitativos, rechazando cualquier consideración cualitativa, lo que cercena inevitablemente todos los análisis²².

Para los antiguos, la riqueza era algo bueno y deseable, es más, algo absolutamente indispensable para poder llevar una buena vida.²³ Sin embargo, y en esta diferencia conceptual se encuentra una de las claves de la cuestión, no se entendía la riqueza como fin, sino como medio para poder acceder a esta buena vida, que tenía dos de sus pilares fundamentales en la independencia personal y política y en el ocio²⁴. Se establece una diferencia clara entre los conceptos antiguo e industrial de riqueza, siendo fundamental para esta distinción que se produzca en este segundo caso una coincidencia clara entre medios y fines (en la figura del dinero) frente a la nítida discriminación de ambos en el primero. Uno de los mayores hallazgos recientes de la ciencias humanas es que la economía no se mueve por espíritu de supervivencia a través de las posesiones materiales sino por

²⁰ G. Tozzi, *Economistas griegos y romanos*, Mexico 1968, p. 20.

²¹ M. Godelier, *El Enigma del don*, México, Buenos Aires y Madrid 1998, p. 233.

²² M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 100; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 250.

²³ Si bien podrían citarse textos en los que se hacen elogios a la pobreza estos no deben de ser considerados más que como anecdóticos, marginales y en absoluto coincidentes con el *zeitgeist*.

²⁴ P.A. Greenhalg, "Aristocracy and its Advocates in Archaic Greece", *G&R* 19 (1972), p. 203; M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, pp. 43-46; 50-51.

el deseo de preservación de las posiciones sociales, midiendo el valor de las posesiones materiales en tanto le permitan acercarse a ese objetivo²⁵.

La verdadera dimensión de la riqueza podrá apreciarse sin embargo no en consideraciones abstractas, sino en la actitud ante los procedimientos prácticos puestos en funcionamiento para su adquisición (es decir, los medios de obtención de riqueza), en el que entran a jugar un importante papel diversas cuestiones que en principio (y desde luego en ningún caso para la ciencia económica) no están relacionadas con la economía, como la configuración mental antigua y la dicotomía entre individualismo y colectividad. El elemento infraestructural más definido dentro de cada sociedad, es decir, aquel que determina las relaciones de producción, está fuertemente influenciado por construcciones ideales que derivan de una jerarquización de las distintas actividades productivas²⁶. Si bien posteriormente utilizaremos de forma más extensa los argumentos de Godelier, para entender bien el concepto que estamos tratando ahora resulta útil insertar una cita textual, sacada de su obra *Lo ideal y lo material*: “Serían aquellas [relaciones sociales, religiosas, políticas, etc.] que funcionan como relaciones de producción y debido a que funcionan como relaciones de producción, las que dominan la reproducción de la sociedad, y con estas relaciones, dominan las representaciones ideales que las organizan y manifiestan (nuestro énfasis)”²⁷.

No resulta extraño que la jerarquía de riqueza estuviese encabezada por aquella emanada de la explotación de la tierra, dado que esta sería como comentaremos con mayor detalle más adelante el tipo no ya superior, sino trascendente de riqueza, lo que nos inclina incluso a dejarla fuera de la escala cualitativa²⁸. Por otra parte, actividades como las comerciales o las artesanales recibirían una calificación moral negativa, por lo que la riqueza obtenida de las mismas no podía menos que ser considerada de igual modo²⁹. Esta es, de cualquier manera, una simplificación manifiesta porque el grado de complejidad de las construcciones morales antiguas respecto de las actividades ligadas a las distintas

²⁵ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 48-51.

²⁶ M. Austin, P. Vidal-Naquet, *op.cit.*, pp. 27-28; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 165.

²⁷ M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 177; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 48-51. Y cabría añadir, en la ausencia de instituciones específicamente económicas, porque las funciones de estas están cubiertas por instituciones extra-económicas.

²⁸ J.P. Vernant, *Myth and Thought Among the Greeks*, London, Boston, Melbourne and Henley 1983, p. 252; R. Osborne, “Pride and Prejudice, Sense and Subsistence: Exchange and Society in the Greek City”, 3n J. Rich and A. Wallace-Hadrill (eds.), *City and Country in the Ancient World*, London 1992, p. 120.

²⁹ J. Hasebroek, *Trade and Politics in Ancient Greece*, Colonia 1933, p. 8; M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, p. 191; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 133-134; E. Gabba, *Del Buon uso della Ricchezza*, Milano 1988, pp. 11-15; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 180.

relaciones de producción no pueden reducirse a apenas dos categorías simples. Sin embargo, en el punto en que nos encontramos de la explicación resultan suficientes, siendo nuestro ánimo el planteamiento de una estructura básica del objeto de estudio. Posteriormente diseccionaremos en mayor detalle cada una de estas categorías. Lo que queremos resaltar aquí es que la riqueza era una categoría ética, no económica³⁰.

Esta consideración de la riqueza de la ciencia económica como objeto al que puede asociársele un valor de cambio nos lleva, haciendo un *excursus* en la explicación que después quedará plenamente justificado, a buscar la definición de mercancía como concepto unitario para la definición de valor según los principios de la doctrina clásica, y que está lejos de ser tan simple como pudiera resultar a simple vista. Al tiempo esto nos servirá para introducir una serie de ideas útiles para cuando pasemos a ocuparnos del capítulo de los intercambios.

Las definiciones que de mercancía se han hecho manejan una enorme cantidad de variables, si bien girando alrededor de un eje fundamental. Para Marx, el elemento definitorio de una mercancía se encuentra en la naturaleza inmanente del bien y en las características de su modo de producción, cuantificada a través de la fuerza de trabajo empleada³¹. Polanyi afirmaba al respecto: “Commodities are here empirically defined as objects produced for sale in the market”³². Todas estas son definiciones un tanto estrechas, porque el bien que funciona como mercancía no tiene por qué ser producida en calidad de tal ya que categóricamente la mercancía es un elemento dinámico independiente del modelo de producción que lo genere³³, además de que el intercambio de mercancías no necesariamente implica su venta pudiendo por tanto también cambiar de manos en intercambios no mercantiles³⁴.

La mercancía viene definida por su intercambiabilidad; es un objeto plenamente alienable, independientemente del modelo de intercambio que se ejecute, siempre y cuando este intercambio que la define como tal mercancía se constituya en su propia razón de ser y no sea por tanto medio para obtener otros

³⁰ P.A. Greenhalg, *art.cit.*, p. 203; E. Gabba, *op.cit.*, p. 13; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 187-188; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 188-189.

³¹ K. Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro I. Tomo 1*, Madrid 1976 [1890], pp. 55-60; 63; I. Morris “Gift and Commodity in Ancient Greece”, *Man* 21 (1986), p. 2; A. Appadurai, “Introduction: Commodities and the Politics of Value”, en A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge 1988, pp. 6-9.

³² K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 75.

³³ A. Appadurai, *art.cit.*, pp. 6-9.

³⁴ Entendiendo en este caso el mercado en su acepción clásica y plena: mercado regulador de precios. Posteriormente desarrollaremos el concepto y podremos entender mejor las dinámicas de intercambio.

objetivos sociales, políticos, etc.³⁵ y sea ejecutado por agentes independientes³⁶. Necesariamente, la noción de mercancía contará con su antagónica absoluta, que es el bien inalienable, o sólo intercambiable si se cumplen determinadas condiciones sociales y en un intercambio tras el que subyacen objetivos de orden socio-político y no económico (del que consiguientemente dependerán los agentes del intercambio). En contraposición a la mercancía, que es anónima y múltiple, el bien que no se instituye en mercancía es individual, y tiene naturaleza única e intransferible³⁷, a no ser que cambien las instituciones sociopolíticas que etiquetan a ese bien determinado como inalienable³⁸.

Es importante resaltar por tanto que en contextos sociales distintos un bien puede o no ser considerado mercancía, lo que dependerá de las instituciones y las construcciones ideales de cada situación determinada. Es decir, su consideración como mercancía no vendrá determinada por su naturaleza intrínseca sino que será una categoría social³⁹.

Volviendo a la línea de explicación principal, nos encontramos con que la definición de la economía desde la doctrina económica clásica establece una *identificación entre economía y mercado, alimentado por un sistema de producción industrial* (al que determina) y *regido por una dinámica de precios fluctuantes, en las que se integran no sólo los bienes muebles, sino la fuerza de trabajo y los bienes inmuebles*. Los factores que hacen incompatible este apartado de la definición con las economías pre-mercantiles son múltiples.

La identificación entre economía y mercado, consagrada en la determinación del intercambio como el principio rector de la economía supone un error metodológico grave, ya que supone ignorar un amplísimo espectro de intercambios que no se someten a la dinámica del mercado (producción sometida a sus dictámenes, precios fluctuantes, etc.); i. e. intercambio de mercancías, y porque supone incurrir en un reduccionismo teórico alimentado mediante la aplicación de un aparato conceptual muy sólido a una casuística que no deja en buena parte de las ocasiones de ser una construcción especulativa apoyada sobre datos objetivos

³⁵ A. Appadurai, *art.cit.*, pp. 6-9; 13; I. Kopytoff, "The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process", en A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge University Press, Cambridge 1988, pp. 68-69.

³⁶ C.A. Gregory, *art.cit.*, p. 17.

³⁷ I. Kopytoff, *art.cit.*, p. 73; S. Von Reden, *op.cit.*, p. 60.

³⁸ A. Appadurai, *art.cit.*, p. 16. Señalando cuatro procesos muy generales que llevan a un bien de la individualización a la mercancía y a la inversa. Son correctos pero demasiado generales como para resultar útiles como herramienta analítica, por lo que no hemos considerado necesario reproducirlos aquí.

³⁹ I. Kopytoff, *art.cit.*, pp. 68-69.

demasiado parciales y escasos⁴⁰. Además, el afán individualizador de la teoría clásica, revigorizado por la escuela neoclásica, terminaría de consagrar la inviolabilidad de la mensurabilidad de todos los factores económicos y su cuantificación en términos matemáticos puros que, estando originados en los métodos analíticos cartesianos se manifiestan en una división parcelaria del objeto de estudio en categorías independientes de análisis. Esto nos conduce a la consideración del *Homo economicus* como unidad básica de estudio⁴¹. En este sentido es necesario exponer lo que para buena parte de los estudiosos ocupados de las ciencias sociales en parcelas referidas a las economías pre-mercantiles será una obviedad: todo sistema económico supone invariablemente la combinación de una serie de modelos no excluyentes de intercambio, cuya importancia relativa vendrá determinada por la estructura institucional de la sociedad en la que opera⁴². Básicamente estos serán la reciprocidad, la redistribución y el mercado⁴³. Es

⁴⁰ G.M. Dalton, "Theoretical Issues...", pp. 64-65; P.T. Bauer, *art.cit.*, p. 177; D.C. North, "Markets and other Allocation Systems in History: the Challenge of Karl Polanyi", *Journal of European Economic History* 6 (1977), p. 706; J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 271; D.C. North, *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid 1984, p. 21; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 80-81; 175; J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 138-141; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 38. Douglas C. North aun va más allá enunciando que las limitaciones de la actual formulación de la ciencia económica se extienden no solo al estudio de sociedades pre-industriales (pero si especialmente en estos casos) sino también a la actual sociedad de mercado por pretenderse la aplicación estricta de un modelo inviable en la práctica. La continua necesidad de reajustar previsiones, incluso a corto plazo, de los actuales analistas económicos en una ciencia que se encuentra planteada en términos aritmómorfos a los que se aplican leyes matemáticas presumiblemente exactas puede ser un claro indicio de ello.

⁴¹ H.M. Oliver, "Attitudes Toward Market and Political Self-Interest", *Ethics* 65 (1955), pp. 171-174; J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 344; J.K. Davies, *art.cit.*, pp. 230-231; I. Morris, "Hard Surfaces", en P. Cartledge (ed.), *Money, Labour and Land: Approaches to the Economies of Ancient Greece*, Kentucky 2001, pp. 21-24; J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 221; 465-467. Esto supone ignorar que ésta es inseparable de otras manifestaciones de la vida humana. Es evidente que esta posición teórica hace aguas desde el momento en que las construcciones doctrinales matemáticas sobre las que se erigía han quedado ampliamente superadas por la teoría de la relatividad, la física cuántica y la teoría de sistemas

⁴² J. Hicks, *A Theory of Economic History*, Oxford 1969, pp. 100-107; A. Rotstein, *art.cit.*, pp. 118-119; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, p. 418; A. Appadurai, *art.cit.*, pp. 6-9; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 116-117; D.W. Tandy, W.C. Neale, "Karl Polanyi's Distinctive Approach to Social Analysis and the Case of Ancient Greece: Ideas, Criticisms and Consequences", en A.M. Duncan y D.W. Tandy (eds.), *From Political Economy to Anthropology. Situating Economic Life of Past Societies*, Montreal 1994, p. 23; M. Godelier, *El Enigma del don...*, pp. 28-29; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 45; S. Von Reden, *op.cit.*, p. 2-3 (anotando cierta rigidez en la concepción de la convivencia de los tres modelos que se desprende de la obra de K. Polanyi). Hemos introducido la referencia de Hicks para incluir la visión de los distintos modelos de intercambio imperante entre los historiadores/economistas que observan este fenómeno desde una posición modernista, completamente contraria a la expuesta aquí por nosotros. Otros matices de esta visión divergente serán desarrollados cuando nos extendamos en un examen más profundo.

⁴³ En este momento de la exposición hemos preferido incurrir en una simplificación que se presenta como fundamental en aras del orden expositivo. No solo porque en esta división tripartita de los intercambios se omite una amplísima serie de gradaciones, que serán desarrolladas más tarde, sino porque se ignora que el mercado resulta divisible casi de forma categórica en dos modelos diferenciados, algo generalmente ignorado o soslayado, pero que subyace en buena parte de los problemas de interpretación de las economías pre-industriales. Entendemos, y esto es una

importante recordar que estos modelos coexistentes de intercambio no son sólo procedimientos prácticos de intercambio de bienes⁴⁴, sino que las sociedades en las que se enmarcan reconocen y delimitan estos modelos explícitamente y se les asocian categorías ideales y morales diferenciadas⁴⁵.

La reciprocidad es un tipo de intercambio en el que se engloba una enorme variedad de modalidades específicas pero en el que existen una serie de pautas comunes y que pueden resumirse en la dinámica del don/contradón⁴⁶. Su principio regulador está en la simetría teórica de la relación⁴⁷. El principal objetivo del intercambio es socio-político, no económico⁴⁸; el desarrollo de una fluida red de intercambios recíprocos es un instrumento esencial en el mantenimiento de la cohesión social de numerosas sociedades. Los intercambios se desarrollan entre agentes interdependientes, es decir, entre los que existe una relación social, gentilicia, política, etc. que resulta relevante para el propio intercambio, y que debe responder a los parámetros de dicha relación y que será la que nos dará la clave de

declaración intencionada de principios, que la utilización de la expresión “mercado” de forma indiscriminada, sin establecer distinción entre lo que nosotros creemos que son dos categorías completamente distintas de intercambio, el mercado dirigido y el mercado regulador, supone dar carácter ontológico a una mera insuficiencia del léxico, lo que tiene efectos perversos sobre el análisis.

⁴⁴ S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 202; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 173-175; M. Godelier, *El Enigma del don...*, p. 150. Huelga decir que cuando hablamos de “intercambio de bienes” consideramos no solo bienes entendidos como productos físicos, materias primas o bienes manufacturados, sino también servicios, prestaciones sociales, privilegios religiosos, individuos (esclavos/siervos o cónyuges), etc.

⁴⁵ M. Godelier, *El Enigma del don...*, pp. 236-237.

⁴⁶ M. Godelier, *El Enigma del don...*, pp. 29-37. A pesar de que los conceptos de don y contradón resultan hoy en día muy familiares para los estudiosos de las ciencias sociales no debemos olvidar que el discernimiento de sus dinámicas supuso un problema para la ciencia occidental, absolutamente subsumida en la sociedad de mercado y poco preparada por tanto para desentrañar las claves de los mecanismos socioeconómicos de las sociedades pre-industriales. El carácter seminal de las reflexiones vertidas por M. Mauss al respecto del don hacían una buena disección de sus líneas directrices más obvias, pero no terminaron de reconocer el principio axial alrededor del que se agrupaban las mismas, al enlazarlas con una serie de factores mágico-religiosos y, así, buscar la respuesta al “enigma del don” fuera del juego de relaciones en los que se integra dicho don. Sería Levi-Strauss quien finalmente daría la base de la respuesta al vincular la dinámica del don/contradón a las construcciones ideales y sociopolíticas de las sociedades en las que el don juega un papel relevante.

⁴⁷ K.M. Polanyi, “On the Comparative Treatment...”, pp. 330-331; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 48-51. Es importante resaltar que la simetría no tiene por qué ser necesariamente horizontal. Resulta por otra parte llamativa la evolución experimentada en la consideración de este tipo de intercambios no mercantiles. Incluso el propio Polanyi, en su contribución al *Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East* celebrado en Chicago y cuyas conclusiones fueron publicadas en 1958, establece cierto matiz entre reciprocidad e intercambio, asimilando el concepto puro de este con el intercambio mercantil, lo que ha sido superado en la actualidad.

⁴⁸ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 57.

interpretación de cada operación concreta de intercambio⁴⁹; esto necesariamente personaliza los bienes intercambiados al vincular la posición social del agente al bien con el que éste contribuye, y que no puede por tanto ser considerado una mercancía⁵⁰. Es un intercambio, por tanto, de dimensión pública, no privada, formando parte de la construcción ideal de la sociedad en la que se manifiesta. Debe ser un intercambio voluntario ya que si se le confiere carácter obligatorio se convierte en un impuesto o una exacción, lo que lo situaría en la esfera de la redistribución (ver *infra*)⁵¹. Los bienes intercambiados suelen ser (pero no necesariamente son) productos de consumo de las elites sociopolíticas⁵².

Que estos intercambios no caben en el capítulo del estudio de la economía sería un argumento razonable⁵³, siempre y cuando no se produjeran una serie de factores que obligan a considerarlos como categoría económica movida por principios no económicos. Afectan principalmente y de forma directa a la distribución de los recursos por lo que se instituirían en relaciones de producción⁵⁴. Es importante, por otra parte, no confundir el intercambio regido por la dinámica de don/contradón con una categoría económica distinta, como es el trueque, categoría

⁴⁹ A.W. Gouldner, "The Norm of Reciprocity: A Preliminary Statement", *American Sociological Review* 25 (1960), p. 171; M. Sahlins, *La economía de la Edad de Piedra*, Madrid 1977, p. 204; W. Burkert, *Greek Religion*, Oxford 1985, p. 66; I. Morris "Gift and Commodity...", p. 2; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 173-175; M. Godelier, *El Enigma del don...*, pp. 27; 36-37; M. Silver, *Economic Structures of Antiquity*, Westport, Connecticut and London 1999, pp. 42-44; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico. Apuntes para la comprensión de una época*, Sevilla 2003, p. 10; S. Von Reden, *op.cit.*, pp. 26; 45. El caso de la obra de M. Silver resulta peculiar, porque tras hacer una exposición teórica acorde con la que nosotros desarrollamos se lanza a una frenética exposición de datos y argumentos que van precisamente en la dirección contraria, tratando de establecer la teoría de la ciencia económica como el único prisma posible para el estudio de la economía antigua. Con nuestra opinión concuerdan otros, como J.K. Davies (comunicación personal). Otras críticas negativas a su *Economic Structures of Antiquity* con las que estamos plenamente en sintonía son las vertidas por N. Morley en el número 119 del *Journal of Hellenic Studies*.

⁵⁰ I. Kopytoff, *art.cit.*, pp. 68-69.

⁵¹ M. Godelier, *El Enigma del don...*, p. 28.

⁵² K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 173-175. En este sentido Polanyi peca de una excesiva rigidez (que en él no es por otra parte del todo inhabitual) ya que limita excesivamente el rango de la dinámica del don/contradón a los bienes ostentatorios de la cúspide de la estructura socio-política, cuando son precisamente aquellos casos en los que los bienes intercambiados inciden sobre un espectro mayor del total de la población los que con mayor razón podemos considerar como económicamente significativos.

⁵³ J. Hicks, *op.cit.*, pp. 25-26. Para hacer esta apreciación se apoya en dos argumentos erróneos, como son el que el la dinámica del don/contradón no necesariamente hay que respetar equivalencias, lo que es falso porque estas vienen determinadas por las condiciones sociales en las que se produce el intercambio, y porque no suponen la garantía de transacciones futuras, lo que es también falso, porque es precisamente la práctica de estos intercambios uno de los pilares sobre los que se apoya la estructura social, y la ejecución adecuada de estos intercambios una condición necesaria para su estabilidad.

⁵⁴ Afectará igualmente a la producción pero a una escala mínima y económicamente poco significativa, por razones que afectan a la producción pre-industrial de forma general y que serán expuestas más tarde.

transversal que engloba a todos aquellos intercambios desarrollados dentro de cualquiera de los modelos generales expuestos más arriba y que tiene como característica definitoria la de no utilizar el dinero como medio de cambio⁵⁵.

Por su parte, la redistribución viene marcada por el principio de la centralidad⁵⁶. Exige por tanto una estructura institucional política o proto-política estable, ya que la canalización de la distribución y la determinación de la producción que esta conlleva se producen a través de un centro (único o múltiple) cuyas coordenadas deben estar claras para que así se asegure la fluidez del sistema⁵⁷. En estos sistemas, y a grandes rasgos, una proporción significativa de la producción será entregada, sea o no a través de un sistema de fiscalidad formal, a un centro o una estructura jerarquizada de ellos que a su vez se encargará de redistribuir la misma en función de las necesidades sociopolíticas y económicas una vez extraídos los correspondientes excedentes⁵⁸.

Todos los intercambios que se plantean fuera del ámbito de la reciprocidad y la redistribución pueden calificarse como intercambios mercantiles. Sin embargo es necesario definir claramente la diferencia entre mercado dirigido y mercado regulador; la clave de la correcta identificación entre uno y otro está en las instituciones que operan sobre la esfera de intercambio correspondiente.

El mercado es el primer y único principio regulador de la economía cuyas funciones y naturaleza son estricta y exclusivamente económicas⁵⁹. Su funcionamiento teórico exige completa inhibición por parte de la superestructura sociopolítica, y alzarse consiguientemente como el único elemento regulador de la economía a través de la generación de un sistema de precios fluctuantes⁶⁰. Por su parte, el mercado dirigido es aquel cuyos principios reguladores están determinados por instituciones no económicas, sino de orden moral, político, social, religioso, etc.⁶¹, erigiéndose así en un mecanismo con el que la estructura sociopolítica habilita una serie de intercambios en los que los agentes actúan con un cierto grado

⁵⁵ A. Appadurai, *art.cit.*, pp. 9-10.

⁵⁶ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 48-51.

⁵⁷ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 173-175.

⁵⁸ J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 143-144. La antropología económica divide la redistribución en igualitaria y estratificada, aunque en realidad la igualitaria no es más que una modalidad compleja de reciprocidad, por lo que por definición consideramos que la redistribución exclusivamente se produce en sociedades con estratificación formal, aunque no tiene necesariamente por qué ser compleja. Posteriormente desarrollaremos el concepto de excedente.

⁵⁹ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 60.

⁶⁰ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", pp. 330-331; *The Great Transformation...*, pp. 71-72.

⁶¹ S. Gudeman, "Anthropological Economics: the Question of Distribution", *Annual Review of Anthropology* 7 (1978), p. 368; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 129; 207; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 141.

de libertad pero solo dentro de una esfera de acción muy limitada a las necesidades de esta estructura sociopolítica⁶². Puede argumentarse que incluso la actual sociedad de mercado occidental plantea limitaciones a la libertad de mercado, pero estas no son lo suficientemente restrictivas como para que la producción se desvincule del mercado (esto es importante y volveremos sobre ello más tarde)⁶³ y además las limitaciones pertenecerán al propio campo económico, es decir, serán autoregulaciones del mercado, y no vendrán impuestas al mismo desde otros marcos institucionales.

De esta manera, intercambio recíproco, intercambio centralizado, mercado regulado y mercado regulador constituirán esferas diferentes de intercambio, que son ámbitos cerrados en los que circula un tipo determinado de bienes, y que suponen circuitos de intercambio aislado, no entremezclables, ya que cada una responde a una serie distinta de condicionantes sociales y morales. Todas las sociedades establecen esta división de los intercambios en esferas estancas⁶⁴ que se organizan de forma jerárquica (siguiendo el orden jerárquico de los bienes del que hablábamos más arriba)⁶⁵. En sociedades pre-industriales el mercado constituirá una esfera de intercambio muy poco significativa, por razones que serán expuestas seguidamente, quedando limitado al conjunto de bienes considerado alienable, es decir, aquellos cuyo intercambio libre no atenta contra los principios reguladores de la sociedad⁶⁶. Lo importante es que todas las sociedades plantean barreras a la mercantilización de determinados bienes, siendo estas barreras de iniciativa estatal en aquellas sociedades que tienen una superestructura sociopolítica desarrollada⁶⁷.

La primera circunstancia que impide el establecimiento de un sistema de generación de precios en las sociedades pre-industriales es la casi absoluta desvinculación existente entre la producción y el intercambio⁶⁸. Siendo la tierra la principal fuente de riqueza (no ya desde el punto de vista cualitativo como

⁶² M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, p. 181; R.S. Kipp, E.M. Schortman, "The Political Impact of Trade in Chiefdoms", *American Anthropologist* 91 (1989), pp. 374-375 (defendiendo la visión modernista del impacto del mercado en la sociedad, afectada por el solipsismo mercantil que entiende solo la faceta del mercado regulador y que no acepta otra posibilidad que la del mercado invasivo desde el mismo momento de su aparición).

⁶³ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", pp. 330-331; A.W. Mayhew, C. Neale y D.W. Tandy, *art.cit.*, pp. 128-129.

⁶⁴ Al menos son casi impermeables, porque para establecer una relación transversal será necesario cumplir con una serie de condiciones que impiden que el intercambio resulte lesivo contra los principios reguladores de la sociedad en cuestión.

⁶⁵ I. Kopytoff, *art.cit.*, pp. 70-72; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 155.

⁶⁶ M. Godelier, *El Enigma del don...*, p. 53.

⁶⁷ I. Kopytoff, *art.cit.*, p. 73.

⁶⁸ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", pp. 330-331; G.M. Dalton, "Primitive Money", *American Anthropologist* 67 (1965), pp. 51-52; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 187; M. Sahlins, *op.cit.*, pp. 205-206; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 78.

anteriormente enunciábamos y posteriormente desarrollaremos, sino también cuantitativo)⁶⁹ las expectativas de producción estarían sujetas a las propias limitaciones de la naturaleza lo cual contradice de forma diametral el principio de la generación (producción y crecimiento) ilimitada de riqueza establecida de forma axiomática desde la ciencia económica⁷⁰. Esto nos lleva a la consideración de la influencia del subconsciente ideológico y moral colectivo⁷¹ como un factor capaz de afectar transversalmente la gestión de los medios de producción. El trabajo agrícola tendría en el mundo antiguo un componente mágico y religioso que lo llevaría a ser conceptualizado como una propiciación de una serie de dones que solo la naturaleza era capaz de dar, a través del rito⁷². El sustrato ideológico en el que se apoya esta percepción es una visión organicista del mundo que no sería sustituida por una visión mecanicista hasta los ss. XVII y XVIII⁷³. Esto implicaba negar la posibilidad de que el hombre estuviese en condiciones de modificar de forma sustancial la naturaleza⁷⁴.

Los primeros en identificar al hombre como ente potencialmente productor serían los fisiócratas en el s. XVIII, manifestando una postura fuertemente influida por la visión cristiana del mundo⁷⁵, pero aun ligando de forma decisiva esta capacidad a la tierra. Sería Adam Smith quien rompería con esta limitación dándole al hombre definitiva capacidad creadora, esto es, humanizando la ciencia económica. Esta postura sería reforzada por Townsend quien, paradójicamente,

⁶⁹ R.H. Macve, "Some Glosses on the Ste. Croix's 'Greek and Roman Accounting'", en P.A. Cartledge y F.D. Harvey (eds.), *Crux. Essays Presented to G.E.M. de Ste. Croix on his 75th Birthday*, Exeter 1985, p. 239.

⁷⁰ S.T. Lowry, *The Archaeology of Economic Ideas. The Classical Tradition*, Durham 1987, p. 66; J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 38; 89, 104; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 31-32. La ciencia económica desliga el objetivo del conjunto formado por las relaciones de producción, es decir, el crecimiento ilimitado, de la base física de la que se origina que necesariamente ha de ser limitada. El propio David Ricardo aceptaba esta limitación al crecimiento económico, formulada a través del principio de los rendimientos decrecientes.

⁷¹ M. Sahlins, *op.cit.*, p. 218. Es quizás un buen momento para recordar la extraordinaria cantidad de variables que afectan a las nomenclaturas ideológicas y morales de las sociedades humanas ajenas al sustrato judeocristiano (lo que necesariamente ha de hacer su análisis más complejo, y que nos afecta de plano por incluirse en este grupo una buena parte de las sociedades pre-industriales) porque a menudo se apoyan en una base contextual, no doctrinal, y por tanto no desarrollan *corpora* de moralidad abstracta. Estas codificaciones empiezan a generalizarse solo con el progresivo debilitamiento de los lazos personales en las relaciones personales y económicas.

⁷² J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 240; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, pp. 179-180; G. Chic, "Moneda y Escritura. De lo cualitativo a lo cuantitativo", en F. Chaves y F.J. García Fernández (eds.), *III Encuentro Peninsular de Numismática Antigua: Moneta Qua Scripta*, Madrid 2004, p. 416; J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 31; 74. Genaro Chic nos recuerda que la palabra latina *productio* significa "alargar, prolongar", sin que en su contenido semántico se colija componente económico alguno.

⁷³ M.W. Frederiksen, "Theory, Evidence and the Ancient Economy", *J.R.S.* 65 (1975), p. 166.

⁷⁴ S. Sambursky, *The Physical World of the Greeks*, London 1956, p. 229; J.C. Bermejo, *op.cit.*, p. 24; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 38; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 131.

⁷⁵ J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 82.

restableciendo el peso de la naturaleza biológica del hombre instituyó un principio natural de determinación que separaba la economía de la sociedad haciéndola independiente⁷⁶, postura afirmada por Ricardo con la articulación práctica que supuso la introducción de la variable del trabajo como medida de valor⁷⁷, finalmente consagrada y convertida en indiscutible⁷⁸ por la doctrina marxista⁷⁹.

Esta concepción, combinada con el ideal (al que ayudaría a propiciar) de autosuficiencia o autarquía, extendido de forma tozudamente regular en las sociedades pre-industriales, supondría la imposición de una limitación al afán productor, satisfecho una vez que pudiese alcanzarse dicho ideal, al menos de manera aproximada. Necesariamente, al ser limitados los fines y los medios (en tanto están limitados a los ofrecidos por la naturaleza) la ganancia fuera de los límites de la autarquía estaba negativamente sancionada en el plano moral⁸⁰, impidiendo el desarrollo de una ideología de maximización de beneficios propia del sistema de mercado⁸¹. Esta conceptualización finita del mundo natural tiene reflejo en un amplio abanico de patrones de comportamiento, no limitándose al campo del desempeño económico. La religión es uno de los más transparentes, ofreciendo el gráfico ejemplo de la llamada, casi totémica, a la restauración de la víctima en los sacrificios animales, característica en las sociedades pre-industriales, al subyacer este sentimiento de limitación de los recursos⁸².

Este ideal de autosuficiencia (esté o no formulado de forma abstracta y articulada en el *corpus* literario o filosófico de las distintas sociedades que lo comparten) que limita las expectativas de producción, es característico no solo de sociedades arcaicas y de estructura simple sino también de sociedades complejas de

⁷⁶ H.M. Oliver, *art.cit.*, pp. 171-174; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 117-120.

⁷⁷ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 132.

⁷⁸ J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 29-32. De la función de la determinación del valor de Smith (Trabajo + Renta + Beneficio = Valor Natural) de forma que el precio de mercado sólo se podrá aproximar al natural si se eliminan las barreras epifenomenológicas a la actuación del mercado, que introducirían discrepancias en la función, pasaríamos a la fórmula de Ricardo (Trabajo + Beneficio = Valor) en la que en realidad trabajo y beneficio tienen una relación de proporcionalidad inversa por el desfase existente entre el valor real del trabajo y el precio pagado por él, lo que supone un adelanto de la teoría de la plusvalía. Esto fue compartido por Marx desde posiciones aparentemente opuestas a las de los economistas clásicos aunque compartiera los mismos axiomas teóricos, lo que le confirió naturaleza de dogma para escuelas opuestas y cerrando un círculo discursivo de difícil salida.

⁷⁹ K. Marx, *op.cit.*, pp. 55-60.

⁸⁰ J.F. McGlew, *Tyranny and Political Culture in Ancient Greece*, Ithaca-Londres 1993, pp. 26-27. Sirva a modo de ilustración la combinación de dos paradigmas, el del gobernante negativo, ejemplificado en la figura del tirano, y el de la riqueza desmesurada (y aparentemente ilimitada) personificada en figuras como Cresos o Polykrates de Samos.

⁸¹ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 254; G. Chic, "Moneda y Escritura...", p. 420; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 59.

⁸² W. Burkert, *op.cit.*, p. 58.

base agrícola⁸³; es por tanto una categoría transversal que no se ve afectada ni por el tamaño de la unidad social ni por su principio interno de distribución de bienes de producción (exceptuando el de mercado)⁸⁴. En realidad este ideal se presenta casi como una necesidad, al encontrarse el rango de elección de estrategias alternativas muy limitado por factores como las limitaciones tecnológicas, que posteriormente desarrollaremos más ampliamente⁸⁵. La autosuficiencia y el grado relativo de precariedad llevará a los campesinos a la elección de estrategias conservadoras de minimización de riesgos, no aquellas que conducen a una maximización de beneficios, estando la producción orientada a la supervivencia, no al intercambio, y los propios intercambios, como forma de obtener aquello que no puede producirse de forma intestina se idealizan como una estrategia complementaria para conseguir este objetivo y no como un método de obtención de beneficios⁸⁶.

Resulta interesante en este momento hacer un nuevo *excursus*, porque la explicación de la idea limitada de la producción enlaza directamente con la del progreso, y ésta con la de tiempo. Para la ciencia económica ortodoxa este tipo de ejercicios resultan excéntricos, cuando no estériles, porque se ocupan de factores que ni siquiera merecen el calificativo de epifenómenos de la economía, pero resultan esenciales en nuestra visión, que no hace divisiones analíticas artificiales como la de considerar al *homo economicus* como unidad de estudio.

La visión tradicional del concepto antiguo de tiempo exclusivamente cíclica se encuentra ampliamente superada⁸⁷, aceptándose la coexistencia de una visión cíclica con una visión lineal, especialmente entre los historiadores⁸⁸ y de negación

⁸³ T.W. Gallant, *Risk and Survival in Ancient Greece. Reconstruction of the Rural Domestic Economy*, Oxford 1991, p. 4; P. Cartledge, *art.cit.*, pp. 12-14; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 131-132. La definición de sociedad agrícola es en sí misma un importante reto teórico al existir divergencias en la especificación de sus características definitorias. Podemos establecer empero una serie de atributos básicos. En una sociedad agrícola los campesinos son solo un sector (aunque éste sea mayoritario) de una estructura social compleja y estratificada. Estos campesinos organizarán su economía de cara a la producción para la subsistencia mediante el empleo de una fuerza laboral fundamentalmente extraída de la propia unidad doméstica. Finalmente, los excedentes de los campesinos servirán para abastecer a los sectores no productivos de la sociedad. Algunos autores incluyen otros atributos que nos generan ciertas dudas, como la de la subyugación multidireccional del campesinado, porque suponen el desarrollo de algunas de los atributos básicos expuestos más arriba, y en los que la generalidad de autores coincide.

⁸⁴ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 55-56.

⁸⁵ G.M. Dalton, "Primitive Money...", p. 52; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 187; M. Sahlins, *op.cit.*, p. 103; R.H. Macve, *art.cit.*, pp. 252-253.

⁸⁶ M. Sahlins, *op.cit.*, pp. 98-100; T.W. Gallant, *op.cit.*, pp. 58; 144-145.

⁸⁷ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 90; Momigliano (1984), 77-78; J.C. Bermejo, *op.cit.*, pp. 54-58.

⁸⁸ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 37; J.C. Bermejo, *op.cit.*, pp. 54-58. Entendiendo que un sistema lineal puro solo se alcanza cuando el tiempo es concebido de manera homogénea, continua e indefinida, de forma que los acontecimientos incluidos en él tengan un lugar (y solo uno) en el que acomodarse.

del tiempo⁸⁹, manifestada en la categorización de facultades tales como la memoria o la adivinación no como la capacidad de percibir el pasado o el futuro sino como la de aprehender un continuo de presente absoluto⁹⁰. Esta nueva tesis no debe sin embargo llevarnos a infravalorar el impacto de la concepción cíclica sobre los comportamientos individuales y colectivos, cristalizada en la creencia de la repetición en ciclos no de hechos individuales o sustantivos sino de arquetipos o modelos ideales⁹¹. Hasta su definitiva erradicación por parte de San Agustín⁹². El resultado supone la aparición de un prejuicio contra el progreso y una negación del mismo *ex silentio*⁹³. No podemos en definitiva considerar que las sociedades antiguas negaran el progreso de forma frontal porque sería ontológicamente imposible combinar esta negación con la existencia de una cierta linealidad en su percepción, por matizada que esta estuviera, pero si es necesario contar con una gran cantidad de obstáculos para el desarrollo de la idea del progreso y el crecimiento cuando el ideal (en ocasiones explícito) es el de la estabilidad estructural.

Un reflejo claro de esto es el escasísimo interés mostrado por las sociedades antiguas en el progreso tecnológico y técnico, lo que resulta especialmente evidente en Grecia y Roma, y que es en realidad una pauta común a las sociedades en las que no se ha desarrollado la economía de mercado⁹⁴. En el caso de Grecia, por ejemplo, nos encontramos con que la mayor parte de las técnicas empleadas eran préstamos próximo orientales que los griegos no desarrollaron posteriormente⁹⁵. En ello tendría una incidencia fundamental la ausencia de entes o personas privadas que estimularan mediante la inversión financiera la actividad intelectual dirigida en este sentido lo que impedía el desarrollo de mecanismos que condujesen al aumento de la productividad⁹⁶.

⁸⁹ A. Momigliano, *La historiografía griega*, Barcelona 1984, p. 87; M. Eliade, *El mito del Eterno Retorno*, Madrid 2000, pp. 58-60. De nuevo la religión nos ofrece ilustraciones especialmente nítidas, al reflejar esta negación del tiempo en los ritos de purificación de año nuevo que reproducen las creaciones cosmogónicas primordiales y que suponen no solo una ocasión propiciatoria para el nuevo periodo, sino una abolición del tiempo anterior.

⁹⁰ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 88.

⁹¹ M. Eliade, *op.cit.*, p. 90.

⁹² J.C. Bermejo, *op.cit.*, p. 63.

⁹³ M.I. Finley, "Aristotle...", pp. 20-21. Esta abstracción ideológica se refleja en el esquema teórico de las sociedades conservadoras y progresistas de G. Childe y M. Harris, que desarrollaremos cuando hagamos nuestro propio esfuerzo teórico positivo.

⁹⁴ M. Sahlins, *op.cit.*, p. 26; O. Murray, *Early Greece*, London 1993, p. 56; G. Chic, "Moneda y Escritura...", p. 416.

⁹⁵ J.P. Vernant, *op.cit.*, pp. 280-281; P. Cartledge, *art.cit.*, pp. 12-14.

⁹⁶ J. Hasebroek, *op.cit.*, p. 1º; 17; M.I. Finley, "Technical innovations and Economic Progress in the Ancient World", *The Economic History Review* 18 (1965), pp. 37-39; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 187; S. Gudeman, *art.cit.*, p. 367; P. Horden, N. Purcell, *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Oxford 2005, p. 242. Resulta llamativa la tendencia de aquellos que

En este punto hemos de desarrollar varios conceptos sin los cuales nuestra visión del asunto no puede ser correctamente apreciada, resultando esencial aclarar dicha visión dado que el stock de conocimientos (tecnología) es una de las variables esenciales en el análisis de la economía para la ciencia económica ortodoxa. En este caso habremos de conjugar el concepto de derecho de propiedad y el de las tasas de beneficio social e individual. Como derecho de propiedad definimos a todas aquellas instituciones que tienen como objeto determinar qué rango de la población de una sociedad puede acceder al disfrute, pleno o parcial, de determinados bienes, de consumo o (más importante en el análisis) producción y qué sectores quedan excluidos de los mismos⁹⁷. Como tasa individual de beneficio entendemos el beneficio obtenido por un individuo como consecuencia de la adopción de una determinada alternativa. La tasa social de beneficio será el beneficio obtenido por el conjunto de la sociedad como consecuencia de la adopción de una determinada alternativa por parte de un individuo. En el caso de la innovación tecnológica, la ausencia de una estructura adecuada de derechos de propiedad sobre la actividad intelectual (tal como puede ser una legislación sobre patentes) hará que los individuos no incurran en los costes que supondría la elección de la alternativa que conduce al desarrollo de innovaciones técnicas (investigación) porque, al no poder proteger el resultado de la misma, la tasa social de beneficio será desproporcionadamente alta en relación con su tasa de beneficio individual⁹⁸.

Por el contrario, si existía una extendida cultura de mecenazgo de actividades relacionadas con el arte o la filosofía, campos en los que si se admitía el progreso, aunque de forma limitada⁹⁹. Era por tanto el prestigio el que estimulaba la inversión, no el beneficio económico. Esto no impide que sea posible identificar actitudes que manifiestan la ejecución de medidas que redundaran en cierta medida en cierta optimización de las actividades económicas¹⁰⁰, pero aun esto es insuficiente para que sea adecuada la aplicación del término “maximización”,

obteniendo su riqueza de actividades no relacionadas con la explotación de la tierra reinvirtieran no en subsiguientes negocios (lo que hubiese sido lo lógico dentro de una mentalidad capitalista), sino en la compra de tierra/prestigio. Es igualmente llamativo que los avances tecnológicos pueden verse impulsados en ocasiones por motivos de estatus, ostentación, sin que se apliquen al incremento de la eficiencia económica.

⁹⁷ Una vez más consideramos oportuno recordar que entendemos por bienes no sólo materias primas y bienes manufacturados, sino también instituciones socio-políticas o ideológicas. Un cargo sacerdotal puede ser un bien de producción en tanto en cuanto de acceso a la explotación de un determinado activo económico.

⁹⁸ D.J. Govantes-Edwards, “The New Institutionalism. A New Theoretical Approach to the Study of Classical Economics”, *Talanta* XXXVIII-XXXIX (2007) [En prensa].

⁹⁹ A. Momigliano, *op.cit.*, p. 87.

¹⁰⁰ R. Osborne, *art.cit.*, pp. 119-145; K. Greene, “Technological Innovation and Economic Progress in the Ancient World: M. I. Finley re-considered”, *The Economic History Review* 53 (2000), p. 42.

porque en la mayoría de los casos la mejora sería de orden cuantitativo, no cualitativo, y por tanto no se contravendrían los principios morales de jerarquización de bienes y actividades, y no se sustraerían a los principios del *zeitgeist* imperante. Además, la personificación religiosa de fenómenos naturales propia de las religiones antiguas se reproduciría en el campo de las aptitudes técnicas (mediante promotores divinos) lo que contribuiría a estimular un cierto hermetismo en la transmisión de las mismas, ralentizando la adopción de innovaciones¹⁰¹.

Es necesario reconocer que esta aparente ineffectividad de las sociedades antiguas para desarrollar implementos técnicos que permitiesen una mejora significativa, no ya solo de las relaciones de producción, sino de las propias condiciones de vida, resulta contradictoria con la abundantísima literatura científica desarrollada en campos como la metafísica, la física, las matemáticas o la astronomía. Las razones que impidieron dar el paso de la teoría a la práctica, es decir, alcanzar el concepto de ciencia aplicada, son muy simples; en primer lugar la ausencia de un cuerpo conceptual unitario, disgregándose cada disciplina en diversos apartados separados y, segundo y más importante, la incapacidad de medir el tiempo de forma precisa y darle expresión aritmética¹⁰², lo que impediría que se pusiera en contacto con ciencias como la física o la matemática. Esta ausencia de dimensión cuantitativa explica la ausencia de un *corpus* teórico aplicable al mundo real, consagrando una aproximación empírica a las disciplinas técnicas¹⁰³.

Retornando a la corriente principal de nuestro razonamiento, seguimos exponiendo los motivos que impiden la aparición de un sistema de mercado en condiciones pre-industriales, tal y como este sistema viene definido desde las filas de la ortodoxia de la economía formal. De todas las mercancías en circulación en este sistema de mercado hay tres que se consideran instrumentales para la ciencia económica:¹⁰⁴ la tierra, el trabajo y el capital.

De la primera ya hemos hecho mención con anterioridad, y es el momento de extendernos un poco más. Como decíamos antes, es una pauta común a las sociedades pre-industriales que la tierra y su posesión se considere como una forma

¹⁰¹ M. Silver, *op.cit.*, pp. 6-7; K. Greene, *art.cit.*, p. 29. Este último autor enfatiza que no debe medirse el grado de tecnificación de una sociedad sólo en términos de desarrollo de innovaciones, sino también en referencia a la amplitud de dispersión de los avances. En este sentido, viene a relativizar la versión expuesta por nosotros mediante varios ejemplos extraídos de la historia de Roma. No obstante, el argumento carece de peso, al no salir de la dinámica de préstamos ya comentados por nosotros más arriba y sin caer en la cuenta de que estos avances serían de naturaleza circunstancial y no estructural, y por tanto su efecto sería limitado.

¹⁰² S. Sambursky, *op.cit.*, pp. 240-241.

¹⁰³ J.P. Vernant, *op.cit.*, pp. 284-289.

¹⁰⁴ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 75-77.

superior de riqueza (cualitativamente) con una enorme capacidad de incidencia sobre el plano social y político. Sólo al romperse esta relación entre la tierra y la superestructura sociopolítica es posible discriminar la dimensión económica de la tierra como cuerpo independiente de estudio¹⁰⁵.

Teniendo en cuenta este valor relativo de la tierra, relacionado pero distinto del valor absoluto que le daba el ser la principal fuente de riqueza, y cuya manifestación más evidente es su incontrovertible unión con el poder político y la jerarquía social¹⁰⁶, entendemos las dificultades de la ciencia económica, que se enfrenta a la dificultad de manejar con sus propios mecanismos factores, como la política o los valores sociales colectivos, que se salen absolutamente de su propio marco de referencia¹⁰⁷. Las consecuencias de analizar los comportamientos económicos aparentemente irracionales de los antiguos con respecto a la riqueza inmueble desde la óptica estrictamente racionalista y aritmomorfa de la ciencia económica no pueden menos que resultar dramáticamente desenfocados. Volveremos sobre esta cuestión de la racionalidad de los comportamientos más adelante. Resulta por ello especialmente significativo que la ciencia económica surgiera amparada por unas condiciones socioeconómicas en las que por primera vez en la historia la tierra (y el trabajo, del que hablaremos próximamente) se consideraba como una mercancía integrada en el sistema de mercado, y por ende, con un valor estrictamente cuantitativo¹⁰⁸. En el caso de las sociedades pre-industriales, al ser un elemento determinante en la estructuración política y la configuración de las relaciones sociales, se mantendría como un bien inalienable y, más comúnmente, cargado con una serie de tabúes morales que o bien penalizaban gravemente que se transfiriese su propiedad o bien impedían que la misma saliese de los márgenes del colectivo dominante. La conversión de la tierra en un bien alienable supone la eliminación, o al menos una modificación determinante, de esta

¹⁰⁵ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 251; E. Gabba, *op.cit.*, pp. 11-12; J. Parry, M. Bloch, "Introduction: Money and the Morality of Exchange", en J. Parry y M. Bloch (eds.), *Money and the Morality of Exchange*, Cambridge University Press, Cambridge 1989, p. 16; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 251; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 117; *The Great Transformation...*, pp. 72-73; 187-188; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, p. 421; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 43; 57-58. A la hora de evaluar la importancia relativa de los elementos de mercado en un determinado sistema económico, el estatus específico de la tierra es una variable de importancia fundamental en el análisis. *Contra* R. Seaford, *Money and the Early Greek Mind*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, p. 256.

¹⁰⁶ Esto no debe extrañarnos, ya que es el bien que más puede contribuir a la supervivencia de la sociedad y a la independencia política de los estados.

¹⁰⁷ J. Hasebroek, *op.cit.*, p. 17; M.I. Finley, "Technical innovations...", p. 39; M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, p. 61; R.J. Littman, "Kinship in Athens", *AncSoc* 10 (1979), pp. 24-25; E. Gabba, *op.cit.*, pp. 11-12; R. Osborne, *art.cit.*, pp. 120-122; O. Murray, *op.cit.*, p. 114; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, p. 72.

¹⁰⁸ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 82.

estructura institucional tradicional¹⁰⁹. La tierra es el único elemento que tiene valor en sí mismo¹¹⁰.

Las restricciones a la alienación de la tierra en estos contextos sociales son de muy distintos tipos; legales o ideológicas, pueden venir del sector público o del privado (arraigo formal o cuasi formal a la tierra por el mantenimiento en la misma de cultos familiares), entre vivos o testamentarias, afectando a todo el colectivo o sólo a sectores de éste, etc.¹¹¹.

La tierra es además en sí misma una mercancía un tanto anómala, puesto que no puede producirse. El stock de tierra disponible para una determinada sociedad es un valor fijo, por lo que el mercado sólo puede influir sobre su precio para hacerlo fluctuar mediante la especulación,¹¹² lo que incluso en nuestra sociedad de mercado es considerado una adulteración, una mala práctica de alteración del mercado.¹¹³

Pasando al asunto del trabajo como factor analítico, auxiliaremos nuestro argumento con evidencia lingüística extraída de Grecia. No existe en el vocabulario griego antiguo palabra alguna que sirva para designar el concepto abstracto de trabajo porque este nunca alcanzó categoría conceptual propia¹¹⁴. La existencia de distintas palabras para designar cualquier tarea que suponga un esfuerzo, tenga ésta carácter laboral o no (π) ν ω), las tareas agropecuarias (ρ γ) ζ α σ ψ α ι) o el hecho de que los artesanos reciban el mismo apelativo genérico que bardos o adivinos (δ η μ ι υ ρ γ ο \Leftrightarrow), muestra que el trabajo se estructuraría en diversas esferas psicológicas y de comportamiento¹¹⁵. La dimensión moral del trabajo estaba en directa relación con el ideal de independencia o autarquía de modo que el trabajo

¹⁰⁹ G. Tozzi, *op.cit.*, pp. 81-83; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 122-123; C.G. Starr, *Individual and Community. The Rise of the Polis*, New York and Oxford 1986, pp. 27-28; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 251; M. Godelier, *El Enigma del don...*, p. 55; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 187-188. Cuando se atestiguan casos en los que efectivamente se produce esta transferencia de propiedad de un bien cualificado como la tierra, pudiera pensarse en la puesta en práctica de mecanismos para regatear estas trabas morales con una finalidad crematística, si no fuese porque en estos casos siempre estas operaciones ven su dimensión económica relegada a un plano secundario, estando por detrás de consideraciones de orden social y político.

¹¹⁰ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 362.

¹¹¹ M.I. Finley, *The Use and Abuse of History*, London 1975, pp. 155-158.

¹¹² No mediante la producción, y éste es un punto clave.

¹¹³ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 75-77.

¹¹⁴ M.W. Frederiksen, *art.cit.*, p. 166; P. Cartledge, *art.cit.*, pp. 12-14. El trabajo no recibirá categoría de obligación hasta el desarrollo de la doctrina cristiana, siendo formulada esta obligación por vez primera de forma explícita e inequívoca en la *Regla de San Benito*, redactada en c. 540 según la *Encyclopaedia Britannica*.

¹¹⁵ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 248-249. Este autor nos muestra como incluso dentro de la agricultura es posible identificar una subestructuración, al enlazar la agricultura arborícola con un concepto arcaizante como es el de la mera recolección de los dones naturales, distinto al planteado por Hesíodo en "*Los Trabajos y los Días*" en referencia a la agricultura de cereales, aun cuando este trabajo siga teniendo una fortísima proyección ritual.

era valorado negativamente cuando era la causa de pérdida de independencia (ideal aristocrático)¹¹⁶ y positivamente cuando daba acceso a ella (ideal no aristocrático)¹¹⁷. Volveremos más adelante sobre la cuestión de la no tan claras contradicciones entre los dos idearios mencionados.

En definitiva, el trabajo nunca llegó en las sociedades pre-mercantiles a convertirse en una mercancía por existir una infinidad de trabas institucionales que impidieron su inalienabilidad¹¹⁸. La introducción del trabajo en el grupo de las mercancías supondría institucionalizar como económicamente relevantes las relaciones personales libres y determinadas por contrato, y por tanto suprimir aquellas que son de naturaleza corporativa porque no permiten la libertad del individuo y aquellas que tienen una base contractual no formal. La venta del trabajo exige por tanto la eliminación de instituciones sociopolíticas y gentilicias tradicionales¹¹⁹. Las discrepancias existentes entre esta construcción teórica y las sociedades en las que se practican fórmulas esencialmente colectivas de convivencia, aspecto que justificaremos seguidamente, son transparentes.

Esto pervierte todos los análisis que se hagan a través del prisma de la doctrina económica clásica, máxime cuando en esta el trabajo supone una mercancía fundamental para la asignación del valor¹²⁰. Si bien los principios neoclásicos se desembarazaron de las fórmulas de asignación de valor de Smith, Ricardo y Marx, su acentuación del individualismo hace que las evidencias que apuntan a la tendencia al colectivismo en las sociedades pre-industriales, invalida de forma igualmente contundente sus posturas.

En efecto, una de los principales atributos de las sociedades pre-industriales es el mantenimiento de fórmulas colectivas de convivencia¹²¹, manifestada en creencias como el castigo diferido y la culpa heredada, que sitúan a la familia como unidad moral básica¹²², la conservación de genealogías que sirven como herramienta de demarcación de las líneas de comportamiento social, el culto a los

¹¹⁶ M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, pp. 50-51.

¹¹⁷ M. Austin, P. Vidal-Naquet, *op.cit.*, p. 32.

¹¹⁸ R.H. Macve, *art.cit.*, pp. 236-239; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 72-73. Consecuentemente, el precio asignado al trabajo, es decir, los salarios, supondrían una cantidad tan poco significativa de la riqueza circulante en la sociedad que sería sistemáticamente ignorada a efectos fiscales. El impuesto sobre la renta no aparecerá hasta 1799.

¹¹⁹ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 171.

¹²⁰ K. Marx, *op.cit.*, pp. 55-60; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 132.

¹²¹ E. Dodds, *Los griegos y lo irracional*, Madrid 1999, p. 45; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, pp. 41-42.

¹²² M.B. Sakellariou, *The Polis-State Definition and Origin, ΕΛΛΗΝΙΚΗΣ ΚΑΙ ΡΩΜΑ Ι ΚΗΣ ΑΡΧΑΙΟΤΗΤΟΣ ΕΘΝΙΚΟΝ ΙΔΡΥΜΑ ΕΡΕΥΝΩΝ*, Paris 1989, p. 98; E. Dodds, *op.cit.*, p. 144.

mueritos como símbolo prestigioso de dicho colectivo¹²³ o la consideración de la memoria (como capacidad para exponer el presente absoluto) en términos colectivos¹²⁴, etc. Esto producirá un lento desarrollo de la personalidad y la psicología individual que, entorpecidos por el *zeitgeist* dominante, mantendrían una línea no evolutiva y consiguientemente no lineal. El caso griego resulta un objeto de análisis ideal en este sentido, porque nos permite diseccionar el paso de un modelo colectivo, de naturaleza gentilicia, a otro, de naturaleza territorial y política, la *polis*¹²⁵. Una vez cristalizada la *polis*, vemos como los lazos de parentesco mantendrían su importancia, pero en mucho menor grado que en la sociedad reflejada en la poesía épica, habiendo sido superados en jerarquía por lazos de naturaleza sociopolítica¹²⁶.

Que esto tiene una incidencia fundamental en el comportamiento económico de los individuos resulta poco discutible. La semiología ofrece un buen ejemplo en el caso griego, al certificar como muchos de los términos empleados para designar relaciones de producción se extraen de la nomenclatura de las relaciones de parentesco¹²⁷, o los propios textos antiguos, que sistemáticamente sitúan en el papel de unidad social básica al *oikos*, que no solo incluye a la familia, sino también a sus propiedades¹²⁸. El efecto de esta fórmula favorecedora del colectivo en el comportamiento económico no ha sido aprehendido por la ciencia económica por una distorsión en las premisas de partida. Las economías capitalistas están conformadas por un conjunto de entidades individuales con un enorme poder de decisión entre múltiples alternativas (decisión necesaria por la escasez de medios) mientras que en las economías no mercantiles el individuo se encuentra fuertemente

¹²³ R.J. Littman, *art.cit.*, p. 14; J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 331. Nos atrevemos a afirmar que uno bastante eficaz, conociendo el régimen mítico (ver *infra*) de pensamiento en el que se desenvolvían la mayor parte de las dinámicas éticas y sociales.

¹²⁴ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 92.

¹²⁵ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 256. En este caso este autor considera erróneamente que el desarrollo del estado político supone debilitar el ideal de autosuficiencia al reconocer la necesidad de cooperación entre las unidades sociales básicas (*oikoi*), cuando el ideal sigue siendo el mismo, pero trasladado a un marco de referencia más amplio.

¹²⁶ M.I. Finley, *El mundo de Odiseo*, México 1978, p. 127; C.G. Starr, *op.cit.*, p. 30; O. Murray, *op.cit.*, pp. 53-54. No debemos olvidar, sin embargo, que el mundo retratado por la épica homérica está habitado por una sociedad ya bastante evolucionada en tanto las relaciones de parentesco no ostentarían el control absoluto de las relaciones interpersonales e intergrupales, sino que estas se combinarían con otras redes como la amistad institucionalizada, la reciprocidad o las obligaciones de prestigio.

¹²⁷ M. Silver, *op.cit.*, pp. 50-51.

¹²⁸ R.J. Littman, *art.cit.*, p. 13.

integrado en un sistema estricta y densamente reglamentado, que reduce intensamente su capacidad decisoria¹²⁹.

Retornando a nuestro desglose de la definición que la ciencia económica hace de la economía, vemos que este mercado que según la doctrina se equipara a la propia economía viene determinado por *el sistema de precios fluctuantes, a su vez, vendrá determinado por la escasez de los bienes a través del mecanismo de la oferta y la demanda (múltiples). La eficacia del sistema económico (es decir, del mercado) dependerá así de la elección racional de medios para la obtención de los bienes, elección que a su vez implica medios escasos (otra cosa haría innecesaria la elección), lo que toma cuerpo en el único medio universal, el dinero (instrumento de medición cuantitativa del valor de los bienes y medio de intercambio), que es un bien escaso.*

La escasez aparece aquí en primer lugar como una variable esencial, siendo el factor que orienta la dirección tomada por las fuerzas del mercado¹³⁰. La escasez, formulada en principio por los economistas clásicos como relativa, terminaría de ser consagrada como pilar de la ciencia económica por los economistas de la escuela neoclásica (fundamentalmente Jevons, Walras y Menger) y que se apoyaba en su teoría del valor basada en la necesidad relativa¹³¹. Sin embargo, considerando nuestra división de la economía en dos esferas, la formal y la real, en la economía real la escasez no tiene porqué ser una variable significativa, porque esta economía se apoya sobre las leyes naturales de las que además depende la subsistencia, que no son leyes de escasez. Las posiciones de la economía formal suponen convertir en sinónimos subsistencia y escasez¹³². Así, este factor de análisis en sociedades que no se rigen por un sistema de mercado introduce graves interferencias en las conclusiones, al no existir coincidencia entre medios y fines¹³³, y que lleva a observar la cuestión desde una óptica aritmética y formalista, afirmando que la separación aparente entre la economía de las sociedades arcaicas y la actual sociedad de mercado es producto de que se desenvuelven en unas condiciones en las que los medios y las alternativas son muy escasas, aunque en realidad el principio de la elección racional de medios escasos para la obtención de fines

¹²⁹ G.M. Dalton, "Theoretical Issues...", p. 67; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 48-51; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 8; 37-38. Sin olvidar los otros condicionantes ya comentados como la limitación técnica.

¹³⁰ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 71-72; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 8.

¹³¹ J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 202-203; 241; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 37-38.

¹³² K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 289-293.

¹³³ Es una característica del sistema de mercado que el papel del medio y el de fin recae sobre el mismo elemento: el dinero.

alternativos, aunque reducido al mínimo, sigue siendo aplicable¹³⁴. En resumen, es una diferencia meramente de escala.

El concepto de escasez se relaciona directamente con el de excedente, punto en el que el análisis adquiere una nueva complejidad, al combinarse la teoría económica con la teoría política y la teoría del estado; en este punto haremos unas cuantas apreciaciones generales.

En las sociedades no mercantiles son las relaciones sociales y políticas (fines) las que obligan a la generación de excedentes económicos (medios) para su mantenimiento a través de gestos solidarios¹³⁵. Resulta esencial por tanto diferenciar dos ideas completamente diferentes, como son el excedente absoluto y el excedente relativo. El excedente absoluto estaría compuesto por aquellos bienes de subsistencia de los que se puede prescindir, por haber rebasado la sociedad en cuestión el umbral óptimo de subsistencia. Por su parte el excedente relativo es una construcción social, producto de una comunidad que decide emplear parcialmente sus recursos en actividades que difieren de la subsistencia básica. En realidad es el excedente absoluto el más abstracto de estos conceptos, ya que no se ha producido en la historia grupo social alguno que por objetivamente precarias que hayan sido sus condiciones de subsistencia haya empleado la totalidad de su esfuerzo en la obtención de su sustento, sino que parte de sus recursos han sido empleados en fines ajenos a su subsistencia material¹³⁶.

La aparición del poder político, es decir, la progresiva disolución del marco gentilicio de referencia en uno de naturaleza territorial supone generalmente la necesidad de la generación de un mayor volumen de excedentes para alimentar a un aparato social más grande y complejo¹³⁷, si bien en este punto no cabe la aplicación de fórmulas aritméticas. La economía formal asocia necesariamente la aparición de instituciones sociales y económicas más complejas que las precedentes a la generación de excedentes absolutos, aunque aplicando la idea de excedente relativo (social) vemos como la eclosión de estas instituciones no necesariamente han de estar apoyadas por un excedente absoluto real. Es evidente que cuanto más se

¹³⁴ J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 47-48.

¹³⁵ M. Sahlins, *op.cit.*, p. 140-143.

¹³⁶ W.A. Weisskopf, "Economic Growth versus Existencial Balance", *Ethics* 75 (1965), pp. 83; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*; S. Gudeman, *art.cit.*, p. 367. Como se afirma en la obra de Polanyi, Arensberg y Pearson, esto supone rechazar el determinismo económico que niega al hombre toda capacidad de desarrollo social hasta que su estómago está satisfecho, con lo que contradecimos a A. H. Manslow, citado por Weisskopf, y que sostiene la tesis clásica al respecto: "It is quite true that man lives by bread alone – when there is no bread. But what happens to man's desires when there is plenty of bread and when his belly is chronically filled? At once, other (and higher) needs emerge".

¹³⁷ J. Hicks, *op.cit.*, pp. 22-23; M. Sahlins, *op.cit.*, pp. 147-148; G. Chic, "Moneda y Escritura...", p. 421.

acerque la producción real al óptimo de subsistencia más fácil será el desarrollo institucional, pero no debemos empujar la idea hasta considerar la existencia de una relación causal necesaria¹³⁸.

Sin embargo, esto nos retrotrae a las actitudes manifestadas hacia la producción, el trabajo o la riqueza que hemos venido planteando, y que parecen indicar claramente que las sociedades en las que no se ha implantado un modelo capitalista de producción y distribución de bienes, las estructuras sociopolíticas, una vez implantadas, tienden a imponer un sistema institucional que no favorece el progreso, sino la estabilidad estructural. Esta es la clave del problema del análisis de las economías de estas sociedades desde el prisma teórico neoclásico, fuertemente influenciado por el modelo económico del s. XIX y diseñado para responder a las necesidades de éste¹³⁹.

De este modo veremos como a través de múltiples mecanismos de control las estructuras sociopolíticas truncarían las iniciativas económicas, o más a menudo las posibilidades de que estas se generasen, que supusiesen una amenaza contra los principios reguladores de la sociedad, no necesariamente eliminándolas, sino en múltiples casos ralentizándolas o modulándolas para matizar sus efectos, no conscientemente, desde luego, sino con el establecimiento de instituciones que fomentan la redistribución de los derechos de propiedad diseñadas con fines políticos, no de fomento de la eficiencia económica¹⁴⁰. Por eso, se establecen normas formales, tabúes religiosos, o modelos de comportamiento social que van en contra de la actividad dirigida al lucro, poniéndose por encima otros valores, colectivos e individuales en consonancia con el principio regulador del contexto social en cuestión¹⁴¹. Esto nos lleva, y ya estamos consiguiendo cerrar líneas argumentales que habíamos ido dejando abiertas en fases anteriores de la explicación, a los distintos modelos de distribución de bienes, que en una categorización conscientemente incompleta habíamos limitado a reciprocidad,

¹³⁸ K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 369-373.

¹³⁹ Conviene no olvidar que en este modelo neoclásico incidieron de forma decisiva los planteamientos evolucionistas derivados del darwinismo, lo que sin duda afectaría a su visión de la economía como un aparato en necesidad de crecimiento (evolución) constante y necesario para la propia supervivencia del sistema en una dinámica de retroalimentación cerrada, imponiéndose la idea del crecimiento ilimitado, aunque esto supusiera contradecir nada menos que a David Ricardo. Resulta, una vez más, curiosa la coincidencia de las influencias recibidas por los economistas de la capitalista "línea dura" y los economistas marxistas (empezando por los propios Marx y Engels), cuya teoría del materialismo histórico se apoya en principios evolucionistas tanto como las teorías económicas neoclásicas.

¹⁴⁰ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 39.

¹⁴¹ G.M. Dalton, "Theoretical Issues...", pp. 74-75; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 190; I. Kopytoff, *art.cit.*, p. 73; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 151; M. Godelier, *El Enigma del don...*, p. 51; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 57; 81; S. Von Reden, *op.cit.*, pp. 3-4; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 131.

redistribución y mercado¹⁴², y al proceso que ofrece más dificultades teóricas dentro de nuestro campo, que es el nacimiento del mercado regulador a partir del mercado regulado, que es el mecanismo que las sociedades pre-industriales emplearon invariablemente para complementar los otros dos sistemas al tiempo que limitaban los efectos de un sistema de mercado libre que resultaba contrario al objetivo de la estabilidad estructural¹⁴³.

Una de las causas que han impedido a los formalistas apreciar el enorme aparato de restricciones institucionales impuestas sobre los intercambios es su constante obsesión por encontrar en las fuentes que nos refieren los intercambios atributos que permitan su asimilación con las modalidades de intercambio practicadas en Europa desde la baja Edad Media, e incluso en nuestra moderna sociedad de mercado occidental, lo que a su vez implica asumir que el intercambio de grandes volúmenes necesariamente ha de ser reflejo de actividad capitalista. Hablamos de inversión de capitales, sistemas sofisticados de crédito, etc.¹⁴⁴. Incluso a pesar de que nuestra posición teórica hace que esta búsqueda resulte en su mayor parte irrelevante resulta revelador comprobar como además casi siempre ha sido infructuosa. No existen en la antigüedad reinversiones de excedentes orientadas a finalidades productivas¹⁴⁵. contabilidad de partida doble ni los factores en ella empleados, débito y crédito, asociaciones comerciales permanentes¹⁴⁶, etc.

Si existía una trama de intercambios mucho más densa que la formada por los intercambios mercantiles, que se movían según las dinámicas de reciprocidad, redistribución y mercado regulado o dirigido. Es en este punto importante recordar que aunque estas cuatro modalidades de intercambio sean segregadas analíticamente para permitir su tratamiento teórico, responden a estas normas generales: 1) coexisten invariablemente en todas las sociedades¹⁴⁷; 2) no es posible

¹⁴² K. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", pp. 330-331; *El sustento del hombre...*, p. 140.

¹⁴³ K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, p. 419; P. Horden, N. Purcell, *op.cit.*, p. 229.

¹⁴⁴ G.M. Dalton, "Economic Theory...", pp. 13-14; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, p. 418; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 61-67; P. Horden, N. Purcell, *op.cit.*, pp. 144-146. Además, esta tendencia ha conducido a una periodización perversa de la historia económica de las sociedades pre-industriales, que utiliza como baremos de prosperidad y decadencia el volumen de este "gran comercio", a pesar de que una batería absolutamente aplastante de evidencias lleva a pensar que su incidencia sobre el total de la actividad económica sería muy limitado.

¹⁴⁵ S. Gudeman, *art.cit.*, p. 367; S. Meikle, "Aristotle on Business", *CQ* 46 (1996), p. 148.

¹⁴⁶ R. De Roover, "The Development of Accounting Prior to Luca Pacioli According to the Account-Books of Medieval Merchants", en A. Littleton, B. S. Yamey (eds.), *Studies in the History of Accounting*, London 1956, p. 115; G.E.M. Ste. Croix, "Greek and Roman Accounting", en A. Littleton y B. S. Yamey (eds.), *Studies in the History of Accounting*, London 1956, pp. 60-61; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, p. 306; R.H. Macve, *art.cit.*, p. 234; P. Springborg, "Politics, Primordialism, and Orientalism: Marx, Aristotle and the Myth of the Gemeinschaft", *The American Political Science Review* 80 (1986), p. 189; G. Chic, "Moneda y Escritura...", p. 428.

¹⁴⁷ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 57.

identificar en los movimientos que llevan al cambio en el peso relativo que cada una de ellas ha tenido en cada sociedad a lo largo de la historia una lógica evolucionista ni una gradación jerárquica definida¹⁴⁸; 3) cada una de ellas presenta una inmensa variedad de formulaciones institucionales específicas, en distintos contextos sociales, y en los mismos contextos sociales a través del tiempo¹⁴⁹.

Es importante, por tanto, rechazar esa visión evolucionista que ha tratado de limitar los sistemas de intercambio no de mercado a procesos simples ejecutados en sociedades atrasadas cultural o políticamente, porque mantendrían su vigencia en sociedades estatales complejas hasta la explosión final del mercado regulador en la época moderna¹⁵⁰.

Los intercambios que pertenecen a las modalidades ignoradas (reciprocidad y redistribución) o mal interpretadas (comercio dirigido) por la ciencia económica formal supusieron en la antigüedad un volumen de intercambio que sobrepasaría mucho el acarreado por las dinámicas de mercado; piratería y pillaje¹⁵¹, intercambio recíproco y establecimiento de otras dinámicas de intercambio articuladas a través de modalidades de amistad institucionalizada, iniciativas de redistribución privada, subasta¹⁵², etc. son mecanismos íntimamente ligados con la precariedad material e ideal del modo de producción, mecanismos de supervivencia en el mismo grado que la diversificación de las cosechas o la atomización de la propiedad agrícola; en definitiva, una estrategia conservadora que aspira a la supervivencia, no al lucro y que completa el círculo del ideal de autosuficiencia¹⁵³.

Esto se traslada desde la unidad familiar básica hasta el estado, que fomenta estas actitudes en la sociedad y él mismo las practica en sus tareas de gobierno. El mercado dirigido se nos presenta así como el procedimiento empleado de forma preferente para abastecerse de aquellos bienes necesarios y que no pueden

¹⁴⁸ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", p. 331; J. Hicks, *op.cit.*, pp. 14-15; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 116; S. Von Reden, *op.cit.*, pp. 2-3. En este caso Hicks representa la visión evolucionista clásica defendida desde las posiciones formalistas.

¹⁴⁹ M. Sahlins, *op.cit.*, pp. 210-214; 219.

¹⁵⁰ A.W. Gouldner, *art.cit.*, p. 175; I. Morris "Gift and Commodity...", pp. 1; 7; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 52.

¹⁵¹ S. Von Reden, *op.cit.*, p. 3; P. Horden, N. Purcell, *op.cit.*, pp. 144-146; 157.

¹⁵² S.C. Humphreys, *art.cit.*, pp. 211-212; K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson, *op.cit.*, pp. 313-314; 416; P. Springborg, *art.cit.*, p. 189; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 135-137; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 134; P. Horden, N. Purcell, *op.cit.*, p. 151. Sería interesante, aunque es preciso reconocer que una tarea colosal, hacer un examen de las evidencias que para los intercambios nos han llegado de la antigüedad, para tratar de conocer qué proporción de ellos pueden ser incluidos en la categoría de subasta, que no es un mecanismo de mercado, puesto que para que éste se produzca es necesario que oferta y demanda sean múltiples habilitando la fluctuación de los precios, mientras que en el caso de la subasta uno de los agentes es único, además de propiciar un intercambio en el que no existe dimensión temporal.

¹⁵³ S. Gudeman, *art.cit.*, p. 360; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 140; S. Von Reden, *op.cit.*, pp. 3-4; P. Horden, N. Purcell, *op.cit.*, pp. 119-120

producirse en el interior del propio estado. Adquiere un papel relevante en aquellos casos en los que el estado se encuentra incapacitado, por su propia configuración, para poner en práctica mecanismos de redistribución suficientemente eficaces como para asegurar la subsistencia de los miembros de la sociedad. La ausencia de una autoridad teocrática es una de las claves principales para explicar que la antigüedad clásica hubiese de recurrir a esta fórmula de forma más habitual que los imperios orientales y los sistemas palaciales para asegurar el abasto de bienes básicos¹⁵⁴. Tampoco podemos olvidar en estos casos el efecto jugado por la existencia de una serie de líneas de centro y periferia, no entendidas en un sentido jerárquico ni eurocentrista, pero que no podemos ignorar cuando es obvia la existencia de contactos más o menos estrechos entre centros de poder político más o menos débil y otros en los que si existen fórmulas de poder personal autoritario, o bien que pueden responder a modelos coloniales o semi-coloniales. Esto permite explicar de manera distinta a como se ha venido haciendo la existencia de relaciones de producción en las que parecen identificarse actitudes de inversión de capital, objetivo orientado al lucro y un modo casi industrial de producción, intensivo y en el caso de aquellas de estas empresas que tienen una base agrícola, monocultivo. Sin embargo no debemos caer en la tentación de hacer planteamientos modernistas que ven en estos casos, además aislados y poco comunes, el indicio de un sistema de mercado, porque nos encontramos con una serie de atributos compartidos que permiten verlos desde otra óptica: siempre se trata de productos básicos (cereal, aceite, vino o metal) cuyas características los hacen especialmente instrumentalizables por el poder, al ser fácilmente mensurables (y por tanto fiscalizables) almacenables y transportables en unidades estándar, y responden a una demanda localizada y cuantitativamente sobredimensionada, como es el caso de Roma o Atenas, que al depender de estas empresas mientras ejercen el poder político central, imponen sus condiciones institucionales tanto a la producción como la comercialización; además, generalmente las áreas de producción responden a nuestra definición de periferia; en definitiva, son mercado dirigido¹⁵⁵.

La falta de capacidad ejecutiva del estado, por tanto, se convierte en el motor que produce la aparición de los mercados, dirigidos como hemos visto, y también libres, en los que efectivamente se aplica una lógica de oferta-demanda-

¹⁵⁴ P.T. Bauer, *art.cit.*, pp. 168-172.

¹⁵⁵ M. Silver, *op.cit.*, p. 201 (haciendo un planteamiento completamente contrario al nuestro); P. Horden, N. Purcell, *op.cit.*, pp. 205; 211; 213; 219; 351. Refiriéndose específicamente a este caso M. Silver hace una aseveración que habrá hecho estremecerse a más de un emperador romano en su tumba, y que demuestra hasta qué punto la base de sus argumentos es errónea: "The ancient world was able to support great urban centres *without evident effort*" (nuestro énfasis).

precio, pero en una escala tan limitada que apenas podría creerse que merezcan la atención recibida si no fuese por el enorme interés teórico que suscitan para la historia económica¹⁵⁶. Lo único que permite la explicación de los mercados libres en estas condiciones es el establecimiento de instituciones específicamente económicas por el estado que lo protegen del entramado institucional tradicional, permitiendo que cumpla las funciones que el estado le requiere, pero al mismo tiempo limitando su crecimiento y aislándolos, *ergo*, impidiendo que atenten contra los principios reguladores de esta sociedad que lo protege¹⁵⁷. Como defensa ante la voracidad del mercado se crean o refuerzan instituciones que impiden la mercantilización de elementos como la tierra, el trabajo, etc. que son mantenidos en esferas de intercambio inaccesibles para el mercado¹⁵⁸. Se priman los intereses colectivos, reforzados a través de la aparición de festivales, cultos, etc. que además le dan al colectivo dimensión estatal y no ya solo gentilicia¹⁵⁹, como antes ya afirmábamos y en el ámbito transaccional se establece una diferenciación moral entre comercio interior y exterior que a su vez entronca con la consideración limitada de la riqueza. De esta forma el comercio exterior es considerado positivo para el colectivo, en tanto obtiene una ganancia para el mismo con perjuicio de otros, además de ser una útil herramienta del estado para la consecución de objetivos políticos y militares¹⁶⁰.

Aplicando así estas objeciones a la secuencia de los acontecimientos que llevaron a la aparición del mercado de acuerdo con la doctrina económica neoclásica, podemos llegar a las siguientes conclusiones, y cerrar esta larga

¹⁵⁶ Ver *infra*.

¹⁵⁷ K.M. Polanyi, "On the Comparative Treatment...", p. 338; G.M. Dalton, "Theoretical Issues...", pp. 74-75; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 187; 211-212; J. Love, *art.cit.*, p. 172; A. Appadurai, *art.cit.*, p. 42; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 133; L. Lewis, *News and Society in the Greek Polis*, London 1996, pp. 25-32; 77-84; 156; M. Silver, *op.cit.*, pp. 42-44; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 61-67; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, pp. 61; 83; S. Von Reden, *op.cit.*, p. 105. El aislamiento de los mercados es uno de estos factores ignorados tradicionalmente por aquellos que ven en el volumen de intercambios en el Mediterráneo durante la antigüedad un indicio de una especie de globalización comercial pre-industrial. No alcanzan a explicar por qué canales los comerciantes antes de partir con su carga averiguan el precio que alcanza la mercancía en los distintos puertos de destino hasta el punto de poder plantear la estrategia más lucrativa a seguir, ni por qué procedimientos se aseguran que estos precios no van a cambiar de forma brusca en el transcurso de unos viajes inseguros y lentos. Los costes de información serían tan altos que los propios comerciantes verían como positiva la fijación institucional de precios, que asegurarían al menos un beneficio, quizás no óptimo, pero sí seguro. A esta conclusión llegó el propio M. Weber.

¹⁵⁸ M. Sahlins, *op.cit.*, p. 237; A. Appadurai, *art.cit.*, p. 33; I. Morris "Gift and Commodity...", p. 5; I. Kopytoff, *art.cit.*, pp. 71-72; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 72-73.

¹⁵⁹ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 135-137.

¹⁶⁰ M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, p. 191; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, pp. 41-42; J.M. Naredo, *op.cit.*, p. 78; S. Von Reden, *op.cit.*, pp. 3-4.

reflexión acerca del papel del mercado en el mundo antiguo y su estudio desde el presente.

Según los historiadores de la economía que siguen a esta doctrina, el mercado aparece en sistemas económicos en los que existe la agricultura y la industria, en los que se impone una superestructura política más o menos compleja, y en el que los intercambios son en principio escasos, por la ausencia de especialistas¹⁶¹. Hemos insistido con anterioridad que en sociedades pre-industriales y campesinas la mayor parte de los intercambios serían ejecutados por agentes no especializados, a través de dinámicas como la del don/contradón (articulada mediante sistemas clientelares, amistad institucionalizada, etc.), la redistribución (pública o privada) o el mercado dirigido (que en buena parte de las ocasiones es una versión a gran escala de los otros dos sistemas). El error de los formalistas reside en el concepto de la especialización y la división del trabajo como condición necesaria para el aumento de la eficiencia económica y consiguientemente el crecimiento, establecido como dogma por Adam Smith, y su principio de la utilidad marginal, base teórica de la ley de la oferta y la demanda, y David Ricardo y su ley de costes comparativos¹⁶². Este error se ve además agravado por un asunto de orden casi semántico, que consiste en no considerar como intercambios económicos aquellos que no se desarrollan según una lógica de mercado o al menos proto-mercado, mutilando el análisis y limitándolo a unos márgenes teóricos muy reducidos.

Por tanto, el origen de los intercambios (del mercado) habría que buscarlo en la intensificación de los intercambios casuales, que generarán la aparición de intermediarios, primeros especialistas en los intercambios, más especializados a medidas que los propios intercambios se vayan zafando del control de la superestructura sociopolítica; es decir, el mercado tiene su origen en los

¹⁶¹ J. Hicks, *op.cit.*, pp. 23-24.

¹⁶² J. Hicks, *op.cit.*, p. 23; P.T. Bauer, *art.cit.*, p. 167; J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 273; I. Morris, "Hard Surfaces...", pp. 21-24; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 61-67; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 29-32. El propio autor que estamos empleando como paradigma del tratamiento de la aparición del mercado desde las posiciones doctrinales neoclásicas manifiesta a este respecto cierta confusión que no ayuda a solidificar sus argumentos. Afirma que el principio económico clásico que relaciona la aparición del mercado con la especialización laboral es erróneo, porque que la especialización es producto de las economías de escala (lo que es incorrecto; las economías de escala son en regímenes productivos pre-industriales producto de la especialización laboral, y no a la inversa) y el aumento de la concentración de la demanda (lo que si es correcto), pero no es capaz de resolver la aparente contradicción que implica relacionar poco después la aparición del mercado con la aparición de especialistas en intercambios. Además, los propios antiguos, que reconocieron la especialización laboral como objeto digno de abundantes racionalizaciones, en sus abundantes referencias a ella repiten que los beneficios de ella derivados se cifran en la mayor calidad de los productos así elaborados, no en un aumento de la productividad, lo que coincide con su formulación teórica del trabajo y el ocio.

intercambios internos y la aparición de mercados internacionales repite la misma pauta una vez que estos han entrado con suficiente intensidad en una dinámica de rendimientos decrecientes al haberse alcanzado el límite natural a las dimensiones del sistema, forzando la ampliación de las barreras físicas hasta ese momento imperantes con la expansión del mercado¹⁶³.

Estos argumentos han sido rebatidos desde las posiciones de los sustantivistas, empezando por la seminal de Polanyi, que en este punto desarrollaría las teorías marxistas del intercambio ayudándose de la experiencia empírica¹⁶⁴, que parece apoyar la tesis de que los mercados se desarrollan primero en el comercio exterior. El intercambio se iniciaría con los contactos a (relativamente) larga distancia, en principio dentro de categorías formalmente no económicas como la piratería, la exploración, etc. pasándose después a una dinámica de intercambios bidireccionales pacíficos¹⁶⁵. Pero éste no puede ser el origen del mercado no dirigido, remitiéndonos a nuestras objeciones al respecto, basadas fundamentalmente en los prohibitivos costes de transacción¹⁶⁶ que de esto se derivarían, y que deben haber quedado suficientemente claros en fases anteriores de la explicación.

En el punto en el que coinciden sustantivistas y formalistas es en la necesidad que el mercado tiene de la protección institucional para florecer. Los derechos de propiedad deben estar bien establecidos y deben existir procedimientos institucionales de protección de los contratos. Este es un proceso que hace depender también la ampliación de los mercados a la connivencia de la superestructura sociopolítica¹⁶⁷. Esto nos lleva a reforzar nuestra opinión, por la inestabilidad política internacional característica del mundo antiguo que impediría una formulación eficaz de los derechos de propiedad, incrementando aun más los costes de transacción en la tesitura hipotética de un mercado libre, de que los mercados en los que opera un mecanismo de precios fluctuantes surgen por vez primera en el ámbito interno, aunque como ya afirmábamos con anterioridad en una escala muy reducida y con una ascendencia sobre el conjunto de la actividad económica prácticamente nula¹⁶⁸.

Es este el momento de tratar el asunto del dinero, utilizado como medio universal en los sistemas de mercado, y la racionalidad, que venimos posponiendo casi desde el principio de la exposición y que están muy relacionados.

¹⁶³ J. Hicks, *op.cit.*, pp. 27-32; 46-46.

¹⁶⁴ K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 61-67.

¹⁶⁵ S.C. Humphreys, *art.cit.*, pp. 185-186; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 61-67.

¹⁶⁶ I. Morris, "Hard Surfaces...", pp. 29-30.

¹⁶⁷ J. Hicks, *op.cit.*, pp. 36-38; 45-46; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 61-67.

¹⁶⁸ S.C. Humphreys, *art.cit.*, pp. 185-186.

La definición clásica del dinero fue propuesta por Jevons, hace más de un siglo, siendo una definición formalmente incorrecta, en tanto el dinero queda definido en base a sus funciones (medio de cambio, medio de pago, medida de valor y forma de acumulación de riqueza), que además están mal articuladas entre sí y que por ello terminan configurando un concepto del dinero que solo puede ser aplicado al dinero moderno plenamente desarrollado¹⁶⁹. Además de la indeterminación formal, el análisis neoclásico¹⁷⁰ incurre en la contradicción de considerar el dinero como aquello que indefectiblemente cumple todas estas funciones, mientras que ven su origen en su función como medio de cambio reduciendo los costes de transacción¹⁷¹, que es solo una de dichas funciones¹⁷².

El origen de este error analítico parte de la aplicación de la definición multifuncional del dinero tal y como éste se utiliza en la actual economía de mercado a todos los contextos socioculturales en los que se hace uso de alguna forma de dinero, cuando este no deja de ser una construcción social, consiguientemente sujeta a una enorme variedad de funciones, variables evolutivas, estructuras ideales (simbolismos), etc.¹⁷³. No en vano, el dinero no es más que una

¹⁶⁹ G.M. Dalton, "Primitive Money...", pp. 44-45; H. Codere, "Money-Exchange Systems and a Theory of Money", *Man* 3 (1968), p. 558; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 175; R. Seaford, *op.cit.*, pp. 18-19. Como nos recuerda Molina, estas funciones están sometidas a una continua revisión por parte de los especialistas, y se han propuesto muy variadas fórmulas para definir el dinero atendiendo a sus funciones, pero a efectos de nuestra explicación solo es necesario detallar la propuesta de Jevons, de la que además todas las demás formulaciones se derivan.

¹⁷⁰ G.M. Dalton, "Primitive Money...", pp. 47-48. El origen del problema se encuentra una vez más en la universalización de una serie de leyes que en realidad emanan de una situación socioeconómica muy específica, la sociedad industrial, en este caso elevadas a la categoría de leyes naturales por la doctrina neoclásica, analizando un dinero en una situación en la que tanto las estructuras sociopolíticas para el cumplimiento de los servicios que son su responsabilidad como los individuos en el mantenimiento de sus redes de relación personal recurrirían al mercado, por lo que el papel jugado por el dinero en estas transacciones ofrece pocas dificultades teóricas, al reducirse todas las funciones del dinero al mercado como común denominador.

¹⁷¹ J. Melitz, "The Polanyi School of Anthropology on Money: an Economist's view", *American Anthropologist* 72 (1970), p. 1028; S. Von Reden, "Money, Law and Exchange: Coingane in the Greek Polis", *J.H.S.* 117 (1997), p. 156. Esta teoría se remonta a Aristóteles.

¹⁷² A. Rotstein, *art.cit.*, pp. 123-124; K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 184-185.

¹⁷³ G.M. Dalton, "Primitive Money...", pp. 48-50; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 183; S. Gudeman, *art.cit.*, p. 356; A. Appadurai, *art.cit.*, p. 33; I. Kopytoff, *art.cit.*, p. 72; J. Parry, M. Bloch, *art.cit.*, p. 1; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 75-77; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 175. Es necesario aclarar, como nos recuerda Gudeman, que buena parte de la literatura que se ocupa del impacto del dinero en sistemas económicos no mercantiles se apoya en la abundantísima literatura etnográfica, ofreciendo un interesantísimo campo de estudio, pero que está más relacionado con la búsqueda de estrategias de crecimiento para sistemas económicos actualmente sumidos en el subdesarrollo que para contrastar una elaboración teórica ocupada de la aparición del dinero y su evolución e integración en la propia evolución de los sistemas económicos, toda vez que estos ejemplos etnográficos se encargan en la mayor parte de los casos de explicar las transformaciones experimentadas por sistemas económicos tradicionales tras la irrupción invasiva, en contextos coloniales, del dinero occidental ya plenamente desarrollado y apoyado por un poderoso aparato de mercado. Ejemplos de esto que afirmamos son Kopytoff y Appadurai.

de las manifestaciones posibles de la riqueza, que como construcción ideal está sujeto a jerarquizaciones y clasificaciones sobre las que se aplican múltiples variables¹⁷⁴. Es decir, el estudio teórico del dinero no admite la aplicación de leyes universales¹⁷⁵.

En la práctica, esto se refleja en la existencia de una multiplicidad de funciones potenciales para el dinero manifestadas en dineros de uso específico, tanto en su función como medio de cambio, por la limitación de su uso a determinadas esferas de intercambio, quedando generalmente limitado al intercambio de mercancías (y ni siquiera como medio de cambio exclusivo en esta esfera)¹⁷⁶, o en modalidades no mercantiles en las que el dinero actúa como medio de cambio, pero gozando de personalidad y por tanto insertándose en modalidades de intercambio como las recíprocas¹⁷⁷, como en su función como medio de pago, profundamente afectado por la construcción ideal de la sociedad en la que esta función se aplique por las connotaciones religiosas o morales que subyacen bajo el concepto de pago¹⁷⁸, o acumulación de riqueza (y consiguientemente medida del valor) al estar sujeta a las propias jerarquizaciones del propio concepto de riqueza, de esencia fundamentalmente cualitativas, que se imponen sobre las cuantitativas, por mucho que estas también operen, al menos en contextos pre-mercantiles en las que el dinero, como decíamos con anterioridad, se alza como medio universal del sistema económico¹⁷⁹.

Debemos sin embargo evitar caer en el relativismo tan común en las ciencias sociales de la posmodernidad, tratando de encontrar una clave que nos permita desentrañar el origen del dinero, único modo en que podremos aprehender plenamente su papel en los sistemas económicos anteriores al advenimiento de las condiciones que permitieron la generalización en el mundo occidental del mercado regulador. Empezaremos por negar la posición firmemente mantenida por los formalistas, que ven en el mercado el principio creador del instrumento dinerario, adoptando una óptica evolucionista y una formulación mono-direccional, por otro lado tan característica de las construcciones teóricas neoclásicas; parten del erróneo

¹⁷⁴ J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 188-189.

¹⁷⁵ J. Parry, M. Bloch, *art.cit.*, p. 22.

¹⁷⁶ G.M. Dalton, "Primitive Money...", pp. 51-52; H. Codere, *art.cit.*, pp. 559-562. Para apreciar las dificultades que esta circunstancia produce en ciertos economistas ver J. Melitz, *art.cit.*

¹⁷⁷ G.M. Dalton, "Primitive Money...", pp. 44-46; J. Parry, M. Bloch, *art.cit.*, p. 9.

¹⁷⁸ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, p. 187.

¹⁷⁹ J. Melitz, *art.cit.*, p. 1029. Entendemos que estas dos funciones, consignadas separadamente en la definición canónica de dinero resultan combinables en una sola, puesto que la acumulación y la medida son conceptos ambos complementarios y cuantitativos. Por el contrario, intercambio y pago son conceptos abstractos que no necesariamente (aunque así lo sean frecuentemente en una economía mercantil) tienen que reducirse a la cuantificación.

planteamiento de la aparición del dinero en su función de medio de cambio tras la metamorfosis experimentada por los sistemas proto-monetales en virtud de la intensificación de los intercambios. Posteriormente el estado se apropiaría de ésta creación del mercado, haciendo uso de ella para el cumplimiento de sus obligaciones, y dándole el espaldarazo definitivo de la oficialización¹⁸⁰.

Sin embargo, este dinero que emana de los sistemas proto-monetales pertenecerá necesariamente a la categoría del dinero-mercancía, es decir, que el dinero está en principio constituido por algún tipo de material físico al que por convención se le atribuyen funciones dinerarias¹⁸¹. Y el dinero-mercancía es incompatible con un sistema de economía mercantil generalizado, porque la cantidad de dinero disponible dependerá de las limitaciones de abasto de la mercancía que el sistema emplea como dinero. Pero el aumento de la producción y el intercambio resultarían en una caída de precios si no se ven acompañadas por un aumento ponderado del dinero en circulación, colapsando el sistema por la ausencia de beneficios.¹⁸² Para sortear este problema se desarrolla el mecanismo de la moneda-símbolo, fundamentado en la fiduciariidad¹⁸³.

Así, aunque posteriormente las condiciones y derivas propias de cada sistema económico alimenten transformaciones igualmente específicas del dinero que se integra en cada uno de los sistemas¹⁸⁴, parece que la aparición de este está en todos los casos ligado a la aparición de formas estatales, y las funciones que cumplirá este dinero germinal serán aquellas determinadas desde el estado. El estado, con la ampliación física y conceptual del marco de referencia que implica, precisa desarrollar mecanismos cuantitativos de control y en este contexto se enmarca el dinero, forma cuantificable y fiscalizable de riqueza con la que el estado puede hacer frente a pagos y percibir impuestos sin necesidad de generar un aparato

¹⁸⁰ J. Hicks, *op.cit.*, pp. 63-66.

¹⁸¹ G.M. Dalton, "Primitive Money...", p. 48; K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, pp. 137-138. La propia formulación teórica clásica del dinero se apoya en el principio del dinero mercancía.

¹⁸² K.M. Polanyi, *The Great Transformation...*, p. 202.

¹⁸³ H. Codere, *art.cit.*, pp. 559-560; J. Hicks, *op.cit.*, pp. 96-97; R. Seaford, *op.cit.*, pp. 18-19. Los formalistas y modernistas ven a menudo en las políticas monetarias de la antigüedad gestos que rápidamente son interpretados como indicio de un pensamiento económico muy sofisticado, aunque lo cierto es que se fundamentan en medidas prácticas ciertamente rudimentarias, como la moneda partida. Este tipo de maniobras no pueden sino engendrar una economía dineraria muy imperfecta porque de ellas no se obtiene sino una fiduciariidad fundamentada en la falsificación del principio elemental de la moneda mercancía. Además, como el propio Hicks admite, el concepto de moneda fiduciaria permite establecer otra diferencia entre las economías mercantiles y no mercantiles, ya que por vez primera permite la circulación y uso de dinero del que físicamente se carece; la posibilidad teórica de que este mecanismo sea puesto en funcionamiento por las instituciones financieras privadas, acabando con el monopolio estatal para la creación de dinero, no se produce en la práctica en la antigüedad por el rudimentario carácter de las técnicas bancarias, limitando severamente la flexibilidad de dichas instituciones financieras y los mecanismos de crédito.

¹⁸⁴ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 184-185.

administrativo excesivamente complejo¹⁸⁵. En este sentido el dinero forma parte de un amplio conjunto de sistemas simbólicos que se formulan con los avances del pensamiento lógico que generalmente van de la mano del estado, como los sistemas numéricos, los sistemas de pesos y medidas, la escritura¹⁸⁶, y la gestión cuantitativa de los espacios¹⁸⁷. Posteriormente, los individuos, apoyados en esta sanción estatal del dinero, empezarían a hacer uso de este dinero desarrollando así sus otras funciones; la cuantificación facilitaría que el valor de los bienes pudiese ser reducido a una unidad de cuenta común, facilitando el uso del dinero como medio de cambio¹⁸⁸, y el empleo de los metales preciosos, conocidos como forma de riqueza desde tiempos remotos en múltiples formatos, para la producción de dinero facilitaría su utilización como forma de acumulación de riqueza (y garantía de futuras transacciones)¹⁸⁹.

Forma parte de las tesis clásicas acerca del impacto de la aparición del dinero en sistemas no mercantiles considerar que éste tiende a hacer difusas las barreras entre las diferentes esferas de intercambio, terminando por disolverlas y universalizando la mercantilización de todos los bienes¹⁹⁰. Sería negar la evidencia que esto es cierto, si bien es esencial introducir un matiz, dado que si bien el proceso es efectivamente así a grandes rasgos, debemos considerar que como creación estatal, y al igual que ocurre con el mercado en sí mismo, el dinero se ve limitado en su expansión por el propio estado, que solo lo deja crecer en tanto este

¹⁸⁵ H. Codere, *art.cit.*, p. 565; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 183; M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, p. 232; S.T. Lowry, *op.cit.*, p. 23; S. Von Reden "Money, Law and Exchange: Coingane in the Greek Polis", *J.H.S.* 117 (1997), p. 160; M. Godelier, *El Enigma del don...*, pp. 237-238; G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, p. 85; G. Chic, "Moneda y Escritura...", pp. 10-12; J.M. Naredo, *op.cit.*, pp. 39-42; J.L. Molina, *op.cit.*, pp. 188-189. Es muy importante recordar en este punto que ni la moneda es el único mecanismo de cuantificación desarrollado, ni es necesario ver en esta posibilidad de cuantificar la riqueza la desaparición de las consideraciones cualitativas de la misma, porque como venimos repitiendo con insistencia, la riqueza seguiría estando sometida a una visión jerarquizada del mundo y de todas sus manifestaciones, en las que el dinero no es más que un peldaño intermedio. La utilización de metales preciosos para que cumplan la función de moneda es una consecuencia de esta jerarquía de los bienes naturales; en realidad la utilización de metales preciosos conlleva una evolución del objeto sagrado inalienable al objeto precioso alienable, pero que tardará mucho tiempo en desembarazarse de la personalización inherente a la sacralidad y la inalienabilidad, sobre todo porque otras formas superiores de riqueza se mantendrán en esferas de intercambio distintas, lo que impide al dinero ejercer esa labor homogeneizadora de supresión de las barreras institucionales que impiden el desarrollo de una economía dineraria plenamente desarrollada.

¹⁸⁶ H. Codere, *art.cit.*, p. 561.

¹⁸⁷ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 185. Probablemente derivada de los avances en la observación astronómica.

¹⁸⁸ M. Godelier, *El Enigma del don...*, p. 49.

¹⁸⁹ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 188-189.

¹⁹⁰ I. Kopytoff, *art.cit.*, p. 72; R. Seaford, *op.cit.*, pp. 164-165; 294-295. Para nuestras objeciones a los ejemplos empleados por Kopytoff y Appadurai, ver *supra*. En esta cuestión sus argumentos no suponen ninguna excepción.

crecimiento favorece la conservación de los principios reguladores de la sociedad, y el mecanismo por el cual el dinero ejerce esa labor de homogeneización debe, por tanto, necesariamente ser estudiada caso a caso y atendiendo a las circunstancias particulares de cada horizonte cultural, rechazando las leyes naturales impuestas desde la ciencia económica. Esta integración del dinero en el centro del aparato institucional de sociedades que tienden a la estabilidad hará de él un elemento igualmente estable y no sometido a violentas fluctuaciones¹⁹¹.

La ausencia de una consideración estrictamente cuantitativa del dinero, así como otros factores, explican la ausencia de una gestión económica sujeta a requerimientos aritméticos precisos, lo que queda reflejado de forma significativa en la carencia de sistemas de contabilidad medianamente sofisticados, reforzada por la no percepción de los ingresos en términos monetarios y por unos sistemas numerales que no facilitaban la resolución de operaciones aritméticas simples, porque en ellos la cantidad de signos precisados para la expresión de una cantidad es indeterminada, no teniendo relación estable con la cantidad que se pretende expresar, y en los que por tanto, la colocación física de los signos carece de valor absoluto y relativo¹⁹². Acaso esto nos permita enunciar una, valga la expresión, “contratesis de Davenport”¹⁹³.

Llegados a este extremo es momento de volver, a modo de conclusión, sobre uno de los asuntos que han estado planeando sobre buena parte de las partes de la explicación, y que, si bien pocos economistas lo incluirían en el capítulo de las relevantes para el estudio de la economía, sirve para relativizar aun más la aplicación de principios analíticos abstractos contemporáneos a la economía antigua. Y no quepa duda que el tema es relevante, en tanto supone un conjunto complejo y múltiple de variables que inciden de forma directa sobre el comportamiento individual y colectivo de los agentes. Hablamos del principio de racionalidad, en el que el golfo que separa nuestra actual posición y la del hombre antiguo es especialmente ancho.

La observación de los sistemas económicos de la antigüedad desde la ortodoxia aritmética de la economía formal produce interferencias metodológicas graves¹⁹⁴, porque esto equivale a afirmar que los sistemas económicos pre-

¹⁹¹ K.M. Polanyi, *El sustento del hombre...*, pp. 197-200.

¹⁹² G.E.M. Ste. Croix, *art.cit.*, pp. 29; 50-56; R.H. Macve, *art.cit.*, p. 234; S.T. Lowry, *op.cit.*, p. 22 (de forma un tanto ambigua); G. Chic, “Moneda y Escritura...”, p. 428. En realidad, como Macve nos recuerda, los conceptos de ingreso y capital no han sido definidos de forma satisfactoria hasta la fecha, lo que posibilita que, aun en la actualidad, puedan existir diversas líneas de contabilidad a disposición del contable, que arrojen resultados finales distintos con los mismos datos iniciales.

¹⁹³ R.H. Macve, *art.cit.*, p. 260.

¹⁹⁴ S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 166-167.

industriales son irracionales porque establecen unas relaciones de producción que no se corresponden con las propias de la economía de mercado. El hecho de que generen criterios estables, propios y elaborados, a partir de los condicionantes sociales que le son peculiares, nos permite aseverar que generan una racionalidad económica propia¹⁹⁵. Desde el punto de vista de la ortodoxia de la economía formal, deberíamos calificar a estas economías de subproductivas, ya que no aprovechan todo el potencial de los recursos de los que disponen. Es solo en un marco industrial, sin embargo, que podemos hablar de subproductividad absoluta coyuntural, pero en contextos pre-industriales la subproductividad será relativa y su umbral estará condicionado por factores sociales, políticos, religiosos y, en definitiva, extra-económicos, dando lugar a una subproductividad absoluta estructural¹⁹⁶.

Son, además, múltiples, los ejemplos históricos en los que sistemas económicos no industriales nos dejan ejemplos de una gestión racional (aunque su base sea de naturaleza empírica y no científica) de los medios de producción, aunque sus fines y sus medios no merezcan la consideración de lógicos desde la ciencia económica, por sofisticados que sean¹⁹⁷.

En este caso, sin embargo, el problema dista de ser exclusivo de la ciencia económica, puesto que bajo él subyace una concepción académica del mundo antiguo en la que el eurocentrismo y los esencialismos racistas desarrollados desde el s. XIX generaron el mito de la racionalidad griega para otorgarle el carácter seminal de nuestra propia racionalidad occidental y cartesiana. Si bien esta visión se encuentra superada en muchos sectores de la academia especializada (aunque no en todos), aún se mantiene sólidamente instalada en otros ámbitos intelectuales y sociales, lo que dificulta la tarea de búsqueda de la explicación en modelos de racionalidad alternativos.

Es cierto que la Grecia antigua experimentó una serie de transformaciones de orden intelectual cuyo alcance no puede ser minimizado. El planteamiento de doctrinas ontológicas y metafísicas sistemáticas y racionales, aun con su exposición

¹⁹⁵ M.W. Frederiksen, *art.cit.*, p. 171; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 63; O. Murray, *op.cit.*, p. 111; A. Offer, "Between the Gift and the Market: the Economy of Regard", *The Economic History Review* 50 (1997), p. 451; J.L. Molina, *op.cit.*, p. 21.

¹⁹⁶ M. Sahlins, *op.cit.*, p. 55.

¹⁹⁷ G. Mickwitz, "Economic Rationalism in Graeco-Roman Agriculture", *E.H.R.* 52 (1937), pp. 580-581; S.C. Humphreys, *art.cit.*, p. 183; M.I. Finley, *La Economía de la Antigüedad...*, p. 116; M. Godelier, *Lo ideal y lo material...*, p. 230. Mickwitz ofrece un estupendo ejemplo para ilustrar nuestro argumento, extraído de los papiros de contabilidad de las granjas del Egipto romano. Resulta relevante que en estos documentos, la fuerza laboral no se considere una variable significativa. Para un desarrollo más amplio de la naturaleza relativa de la racionalidad ver nuestro artículo en el número XXXVIII-XXXIX (2006-2007) de la revista *Talanta*, de próxima publicación.

a través de una casuística extraída del mundo real¹⁹⁸, tendría un fuerte impacto en las clases ilustradas de la sociedad, pero no podemos considerar que supusieran una amenaza real para la predominante visión mítica de la realidad. La llamada *aufklärung*, o ilustración jonia, tardaría mucho en impregnar incluso a las clases letradas del continente¹⁹⁹. Además, como nos recuerda Conford, aunque la filosofía jonia supuso el inicio de una evaluación racional de la realidad, podemos expresar nuestras dudas de que en realidad no supusiera más que el desarrollo de un aparato de argumentos lógicos en un marco de abstracción esencialmente mítico²⁰⁰.

Esto queda reflejado igualmente en el tratamiento otorgado a determinados mecanismos que, utilizados como argumentos de defensa de la racionalidad griega, están siendo objeto de profundas matizaciones. Por ejemplo, la escritura, que por su peculiar carácter ascendente²⁰¹ en la sociedad griega supondría un estímulo al desarrollo de procesos racionales, manifestados por ejemplo en la invención de la prosa²⁰², aunque sujetos a la extensión del grado de alfabetismo en sus distintos niveles, y por tanto severamente limitado²⁰³. Además, la escritura siempre sufriría en Grecia un grado de desconfianza que situaba a la oralidad como el medio de comunicación preferente²⁰⁴, incluso en ámbitos como los legales o los procesales, donde el documento escrito carecía de ningún valor legal, en marcado contraste con los testimonios orales. Como expresa magníficamente Lewis: “[...] the aim of the Greek trial was not to establish the truth, but to decide between two competing versions of events [...]”²⁰⁵. Esto es igualmente aplicable al sistema de funcionamiento del estado, en el que la plasmación de documentos escritos era escasa y en la mayor parte de las ocasiones incidental²⁰⁶ o el de la redacción de la

¹⁹⁸ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 351.

¹⁹⁹ E. Dodds, *op.cit.*, pp. 173-174.

²⁰⁰ J.P. Vernant, *op.cit.*, p. 344-345.

²⁰¹ G. Chic, *El mundo mediterráneo arcaico...*, pp. 67-69.

²⁰² O. Murray, *op.cit.*, p. 21.

²⁰³ G.E.M. Ste. Croix, *art.cit.*, pp. 30-31; O. Murray, *op.cit.*, p. 98; L. Lewis, *op.cit.*, pp. 125-127. Las especulaciones sobre el grado de alfabetismo de la sociedad griega son abundantes y fútiles, porque hay que tener en cuenta un número de variables que hacen impracticable ningún cálculo siquiera aproximado. De cualquier forma, parece evidente que la alfabetización distaría de ser universal, además de que en un porcentaje significativo de los casos este alfabetismo no pasaría de ser estrictamente funcional, y el dominio en suficiente grado del mecanismo de la escritura necesario para convertirlo en una herramienta útil para el impulso de procesos racionales abstractos quedaría circunscrito a un grupo intelectual extremadamente reducido.

²⁰⁴ W.V. Harris, *Ancient Literacy*, Cambridge Mass. 1989, p. 29; G. Chic, “Moneda y Escritura...”, p. 426.

²⁰⁵ L. Lewis, *op.cit.*, p. 110.

²⁰⁶ L. Lewis, *op.cit.*, pp. 125-127.

historia, donde desde Heródoto y Tucídides el testimonio oral seguía teniendo preeminencia sobre el escrito²⁰⁷.

Lo que queremos recordar es que si bien los estados democráticos se basan en principios racionales y cuantitativos, en la antigüedad estos principios serían poco robustos porque la sociedad que los aplicaba seguía estando configurada sobre fundamentos esencialmente míticos²⁰⁸, recordatorio que resulta especialmente conveniente en la actualidad, después de que la evolución experimentada por las ciencias matemática y física nos haga plantearnos la oportunidad de revisar nuestra concepción clásica de racionalidad, cuyo germen no es otro que el racionalismo griego tamizado por la formulación cartesiana y judeocristiana.

Bibliografía:

- √ Andreau, J. 2000. Twenty Years After Moses I. Finley's *The Ancient Economy*. En W. Schreider y S. Von Reden (eds) *The Ancient Economy*. Edimburgo. Edinburgh University Press (33-49).
- √ Appadurai, A., "Introduction: Commodities and the Politics of Value", en A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge 1988, pp. 3-63.
- √ Austin, M., Vidal-Naquet, P., *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires y México 1986.
- √ Bauer, P.T., "Economic History as Theory", *Economica* 38 (1971), pp. 163-179.
- √ Bermejo, J. C., *Replanteamiento de la Historia. Ensayos de Historia Teórica II*, Akal, Madrid 1989.
- √ Burkert, W., *Greek Religion*, Blackwell, Oxford 1985.
- √ Cartledge, P., "The Economy (economies) of Ancient Greece", *Dialogos* 5 (1998), pp. 4-24.
- √ Chic, G., *El mundo mediterráneo arcaico. Apuntes para la comprensión de una época*, Padilla Libros, Sevilla 2003.
- √ Chic, G., "Moneda y Escritura. De lo cualitativo a lo cuantitativo", en F. Chaves y F.J. García Fernández (eds.), *III Encuentro Peninsular de Numismática Antigua: Moneta Qua Scripta*, CSIC, Madrid 2004, pp. 415-431.
- √ Codere, H., "Money-Exchange Systems and a Theory of Money", *Man* 3 (1968), pp. 557-577.
- √ Dalton, G.M., "Economic Theory and Primitive Society", *American Anthropologist* 63 (1961), pp. 1-25.

²⁰⁷ A. Momigliano, *Studies in Historiography*, London 1966, pp. 213-215; *La historiografía griega...*, pp. 84-85.

²⁰⁸ G. Chic, "Moneda y Escritura...", p. 416.

- √ Dalton, G.M., "Primitive Money", *American Anthropologist* 67 (1965), pp. 44-65.
- √ Dalton, G.M., "Theoretical Issues in Economic Anthropology", *Current Anthropology* 10 (1969), pp. 63-102.
- √ Davies, J.K., "Ancient Economies: Models and Muddles", en H. Parkins y C. Smith (eds), *Trade, Traders and the Ancient City*. Routledge. Londres 1998, pp. 225-256.
- √ De Roover, R., "The Development of Accounting Prior to Luca Pacioli According to the Account-Books of Medieval Merchants", en A. Littleton y B. S. Yamey (eds.), *Studies in the History of Accounting*, Sweet and Maxwell, Londres 1956, pp. 114-174.
- √ Diels, H., Kranz, W. (ed).. *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Weidmannsche Buchhabdlung, Berlin 1934.
- √ Dodds, E., *Los griegos y lo irracional*, Ensayo, Madrid 1999.
- √ Eliade, M., *El mito del Eterno Retorno*, Alianza, Madrid 2000.
- √ Finley, M.I., "Technical innovations and Economic Progress in the Ancient World", *The Economic History Review* 18 (1965), pp. 29-45.
- √ Finley, M. I., "Aristotle and Economic Analysis", *Past and Present* 47 (1970), pp. 3-25.
- √ Finley, M.I., 1970-2. Aristotle's Oeconomicus. *CR* 20, 315-319.
- √ Finley, M.I., *La Economía de la Antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, México, Madrid y Buenos Aires 1973.
- √ Finley, M.I., *The Use and Abuse of History*, Chatto and Windus, London 1975.
- √ Finley, M.I., *El mundo de Odiseo*, Fondo de Cultura Económica, México 1978.
- √ Frederiksen, M.W., "Theory, Evidence and the Ancient Economy", *J.R.S.* 65 (1975), pp. 164-171.
- √ Greene, K., "Technological Innovation and Economic Progress in the Ancient World: M. I. Finley re-considered", *The Economic History Review* 53 (2000), pp. 29-59.
- √ Greenhalgh, P.A., "Aristocracy and its Advocates in Archaic Greece", *G&R* 19 (1972), pp. 190-207.
- √ Gabba, E., *Del Buon uso della Richezza*, Guerini e Associati, Milano 1988.
- √ Gallant, T.W., *Risk and Survival in Ancient Greece. Reconstruction of the Rural Domestic Economy*, Polity Press, Oxford 1991.
- √ Godelier, M., *Lo ideal y lo material*, Taurus Humanidades, Madrid 1990.
- √ Godelier, M., *El Enigma del don*, Paidós, México, Buenos Aires y Madrid 1998.
- √ Gouldner, A.W., "The Norm of Reciprocity: A Preliminary Statement", *American Sociological Review* 25 (1960), pp. 161-178.
- √ Govantes-Edwards, D.J., "The New Institutionalism. A New Theoretical Approach to the Study of Classical Economics", *Talanta* XXXVIII-XXXIX, (páginas aún sin definir).
- √ Gregory, C.A., "The Economy and Kinship: a Critical Examination of Some of the Ideas of Marx and Levi-Strauss", en M. Spriggs (ed.), *Marxist Perspectives in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge 1984, pp. 11-21.
- √ Gudeman, S., "Anthropological Economics: the Question of Distribution", *Annual Review of Anthropology* 7 (1978), pp. 347-377.
- √ Harris W.V., *Ancient Literacy*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 1989.

- √ Hasebroek, J., *Trade and Politics in Ancient Greece*, Biblio and Tannen, Colonia 1933.
- √ Hicks, J., *A Theory of Economic History*, Oxford University Press, Oxford 1969.
- √ Horden, P., Purcell, N., *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Blackwell, Oxford 2005.
- √ Humphreys, S.C., "History, Economics and Anthropology: The Work of Karl Polanyi", *H&T* 8 (1969), pp. 165-212.
- √ Kipp, R.S., Schortman, E.M., "The Political Impact of Trade in Chiefdoms", *American Anthropologist* 91 (1989), pp. 370-385.
- √ Kopytoff, I., "The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process", en A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge University Press, Cambridge 1988, pp. 64-91.
- √ Lekas, P., *Marx on Classical Antiquity. Problems of Historical Methodology*, Wheatshifft Books, Sussex 1988.
- √ Lewis, L., *News and Society in the Greek Polis*, Duckworth, Londres 1996.
- √ Littman, R.J., "Kinship in Athens", *AncSoc* 10 (1979), pp. 5-31.
- √ Love, J., "Max Weber and the Theory of Ancient Capitalism", *H&T* 25 (1986), 152-172.
- √ Lowry, S.T., *The Archaeology of Economic Ideas. The Classical Tradition*, Duke University Press, Durham 1987.
- √ McGlew, J.F., *Tyranny and Political Culture in Ancient Greece*, Cornell University Press., Ithaca-Londres 1993.
- √ Macve, R.H., "Some Glosses on the Ste. Croix's 'Greek and Roman Accounting'", en P.A. Cartledge y F.D. Harvey (eds.), *Crux. Essays Presented to G.E.M. de Ste. Croix on his 75th Birthday*, Imprint Academic, Exeter, England 1985, pp. 233-264.
- √ Marx, K., *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro I. Tomo 1*, Akal, Madrid 1976 [1890].
- √ Mayhew, A. W. C. Neale y D. W. Tandy, "Markets in the Ancient Near East: a Challenge to Silver's Argument and Use of Evidence", *The Journal of Economic History* 45 (1985), pp. 127-134.
- √ Meijer, F., Van Nijf, O., *Trade, Transport and Society in the Ancient World. A Sourcebook*, Routledge, London-New York 1992.
- √ Meikle, S., "Aristotle and the Political Economy of the Polis", *J.H.S.* 99 (1979), pp. 57-73.
- √ Meikle, S., "Aristotle on Business", *CQ* 46 (1996), pp. 138-151.
- √ Melitz, J., "The Polanyi Shool of Anthropology on Money: an Economist's view", *American Anthropologist* 72 (1970), pp. 1020-1040.
- √ Mickwitz, G., "Economic Rationalism in Graeco-Roman Agriculture", *E.H.R.* 52 (1937), pp. 577-589.
- √ Molina, J.L., *Manual de Antropología Económica*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona 2004.
- √ Momigliano, A., *Studies in Historiography*, Weidenfeld and Nicholson. Londres 1966.
- √ Momigliano, A., *La historiografía griega*, Crítica, Barcelona 1984.

- √ Morley, N., "Review: Economic Structures of Antiquity (M. Silver)", *J.H.S.* 119 (1999), p. 203.
- √ Morris, I., "Gift and Commodity in Ancient Greece", *Man* 21 (1986), pp. 1-17.
- √ Morris, I., "Hard Surfaces", en P. Cartledge (ed.), *Money, Labour and Land: Approaches to the Economies of Ancient Greece*, Routledge, Florence, Kentucky 2001, pp. 8-43.
- √ Murray, O., *Early Greece*, Fontana Press, London 1993.
- √ Naredo, J.M., *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, México-Madrid 2003.
- √ North, D.C., "Markets and other Allocation Systems in History: the Challenge of Karl Polanyi", *Journal of European Economic History* 6 (1977), pp. 703-716.
- √ North, D.C., *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Madrid 1984.
- √ Offer, A., "Between the Gift and the Market: the Economy of Regard", *The Economic History Review* 50 (1997), pp. 450-476.
- √ Oliver, H.M., "Attitudes Toward Market and Political Self-Interest", *Ethics* 65 (1955), pp. 171-180.
- √ Osborne, R., "Pride and Prejudice, Sense and Subsistence: Exchange and Society in the Greek City", 3n J. Rich and A. Wallace-Hadrill (eds.), *City and Country in the Ancient World*, Routledge, Londres 1992, pp. 119-145.
- √ Parry, J., Bloch, M., "Introduction: Money and the Morality of Exchange", en J. Parry y M. Bloch (eds.), *Money and the Morality of Exchange*, Cambridge University Press, Cambridge 1989, pp. 1-32.
- √ Polanyi, K.M., "On the Comparative Treatment of Economic Institutions in Antiquity with Illustrations from Athens, Mycenae and Alalakh", en C.H. Kraeling y R.M. Adams (eds.), *City Invincible. A Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East*, The University of Chicago Press, Chicago 1958, pp. 329-350.
- √ Polanyi, K.M., *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona 1994.
- √ Polanyi, K.M., *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston 2001.
- √ Polanyi, K., Arensberg, C.M., Pearson, H.W., *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*, Labor, Barcelona 1976.
- √ Rotstein, A., "Karl Polanyi's Concept of Non-Market Trade", *Journal of Economic History* 30 (1970), pp. 117-126.
- √ Sahlins, M., *La economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid 1977.
- √ Sakellariou, M.B., *The Polis-State. Definition and Origin. ΕΛΛΗΝΙΚΗΣ ΚΑΙ ΡΩΜΑ Ι ΚΗΣ ΑΡΧΑΙΟΤΗΤΟΣ ΕΘΝΙΚΟΝ ΙΔΡΥΜΑ ΕΡΕΥΝΩΝ*, Paris 1989.
- √ Salmon, E.T., "The Economic Role of the Greek City", *G&R* 46 1999, pp. 147-167.
- √ Sambursky, S., *The Physical World of the Greeks*, Routledge and Kegan Paul, London 1956.
- √ Seaford, R., *Money and the Early Greek Mind*, Cambridge University Press, Cambridge 2004.

- √ Silver, M., *Economic Structures of Antiquity*, Greenwood, Westport, Connecticut and London 1999.
- √ Smith, M.G., “Conditions of Change in Social Stratification”, en J. Friedman, M.J. Rowlands (eds.), *The Evolution of Social Systems*, Duckworth, London 1977, pp. 29-48.
- √ Springborg, P., “Politics, Primordialism, and Orientalism: Marx, Aristotle and the Myth of the Gemeinschaft”, *The American Political Science Review* 80 (1986), pp. 185-211.
- √ Starr, C.G., *Individual and Community. The Rise of the Polis*, Oxford University Press, New York and Oxford 1986.
- √ Ste. Croix. G.E.M., “Greek and Roman Accounting”, en A. Littleton y B. S. Yamey (eds.), *Studies in the History of Accounting*. Sweet and Maxwell. Londres 1956, pp. 14-74.
- √ Tandy, D.W., Neale, W.C., Karl Polanyi’s Distinctive Approach to Social Analysis and the Case of Ancient Greece: Ideas, Criticisms and Consequences, en A.M. Duncan y D.W. Tandy (eds.), *From Political Economy to Anthropology. Situating Economic Life of Past Societies*, Black Rose, Montreal 1994, pp. 9-33.
- √ Tozzi, G., *Economistas griegos y romanos*, Fondo de Cultura Economica, Mexico 1968.
- √ Trigger, B.C., *Historia del pensamiento arqueológico*, Crítica, Barcelona 1989.
- √ Vernant, J. P., *Myth and Thought Among the Greeks*, Routledge and Kegan Paul, London, Boston, Melbourne and Henley 1983.
- √ Von Reden, S., “Money, Law and Exchange: Coingane in the Greek Polis”, *J.H.S.* 117 (1997), pp. 154-176.
- √ Von Reden, S., *Exchange in Ancient Greece*, Duckworth, London 2003.
- √ Weisskopf, W.A., “Economic Growth versus Existencial Balance”, *Ethics* 75 (1965), pp. 77-86.